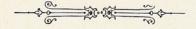
DESARROLLO HISPANO-AMERICANO

CARTAS I DISCURSOS

POR

PAULINO ALFONSO



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA MODERNA

2015 CALLE DE LA MONEDA, 2039

1900



SANTIAGO

ALGUNAS CONSIDERAÇIONES SOBRE LA RAZA LATINA

(Párrafos de una carta a don Antonio Rodriguez del Busto, leidos en el Ateneo de Santiago, el 22 de mayo de 1899, i párrafos de otra carta al mismo).

Señor don Antonio Rodriguez del Busto,
Córdoba.

Mi distinguido señor i amigo:

Partiendo de uno solo de los párrafos de mi carta anterior, me ha trazado el fecundo injenio de usted un vasto cuadro sociolójico, tendente a demostrarme que el orijen de la raza española radicado en el noreste del África, i acaso en el suroeste del Asia, no es ménos antiguo que el del pueblo griego, i lo es incuestionablemente mas que el de los romanos, jermanos i eslavos de la Europa; que esa raza, la cual no debe, en consecuencia, llamarse raza latina, ostentó desde los tiempos prehistóricos una civilizacion que hubo de influir considerablemente las ideas i costumbres de los pueblos invasores de la península, fuesen éstos latinos o jermanos; que, conforme con el grado de jenio que esa civilizacion prehistórica supone, la raza española, al traves de las vicisitudes de los tiempos, ha venido ofreciendo al mundo manifestaciones de intelijencia i actividad tales, que léjos de acreditar, como se pretende, su inferioridad respecto de la jermana, acreditan, por el contrario, a pesar de los recientes prevalecimientos materiales de esta última, su esencial i no superada aptitud para las labores de la civilizacion; que parece ser una lei histórica includible que las civilizaciones florecidas e intelectualizadas cedan el paso al imperio de razas mas jóvenes i vigorosas; que actualmente se observan, entre otros hechos de menor importancia, el avance de los rusos hácia el Bósforo i hácia el Pacífico, el de los ingleses en el Asia i en el África, i el de los norte-americanos en la América ántes española; que de todos estos avances, es acaso el tercero el mas absorbente i el ménos civilizador, que a todos ellos preside, nó la inspiracion del derecho que instituyó Grecia i que definió Roma, sino la razon de la fuerza que echó por tierra el imperio romano al empuje devastador de los bárbaros; que si la España está condenada a desaparecer como un grande organismo social i político que se disuelve, debemos esperar que su poder e influjo revivan i se engrandezcan en el vasto escenario americano, coronados por los esplendores de una nueva i brillante civilizacion; i que la América ha de prepararse al desempeño de esta mision augusta, dejando de la mano sus estériles discordias civiles e internacionales, fomentando por los medios adecuados su desarrollo lójico i progresivo, promoviendo alianzas entre sus distintos paises, i aun estableciendo entre ellos una gran confederacion, que sea apoyo recíproco comun prestijio, i en caso necesario, comun defensa de sus incipientes nacionalidades ante el estranjero.

De grande ilustracion i deleite me han sido los interesan tes datos que usted se sirve darme sobre los probables orijenes i sobre los progresos de las distintas razas que poblaron

la Europa, i en especial de la raza ibérica.

Hace usted concurrir la esposicion de esos datos a dos objetivos primordiales, que ya dejo insinuados: a justificar que nuestra raza no debe llamarse latina, i a justificar la excelencia natural de la misma raza.

Si la raza ibérica se incluve en la llamada raza latina, no es, sin duda, porque lo fuese en su orijen i continúe siéndolo: a estarnos a este criterio, no habria mas raza latina que aquélla cuvos oríjenes históricos radican en el Lacio; i aun respecto de ésta, la calificación podria ser objetada desde el punto de vista de las mezclas ulteriores de esa raza con otras.

Los romanos conquistaron el mundo entónces conocido, i fueron, a su turno, dominados por los bárbaros.

Hubo, pues, sucesivamente la influencia latina sobre griegos, eslavos, jermanos e ibéricos, i la influencia de los bárbaros sobre los romanos.

De aquí una mezcla de razas que ha destruido la pureza de las razas primitivas.

Producida esa mezcla, la calificacion de cada raza no ha dependido sólo de su orijen: ha dependido tambien del grado de la influencia romana sobre ella.

Así como la influencia de los bárbaros sobre los romanos, no llegó al punto de que la raza latina, propiamente dicha, se desnaturalizase i perdiese su nombre, de la misma manera la influencia de los romanos sobre algunas de las razas bárbaras no llegó al punto de que éstas se desnaturalizasen i perdiesen sus nombres.

Pero, estuvo mui léjos de pasar lo mismo con todos los pueblos que dominó o influyó Roma.

Por diversas causas, i especialmente por las situaciones jeográficas i las condiciones físicas de algunos de los respectivos paises, la influencia de Roma sobre ellos fué mas trascendental que la influencia de la misma sobre los demas.

Esa mayor influencia se ha hecho sensible de varias maneras, pero, principalmente, en los respectivos lenguajes de los pueblos mas influidos.

I, si bien se mira, este mayor influjo sobre ciertos lenguajes, no es sino la resultante de un mayor influjo sociolójico sobre las respectivas comunidades.

De que Roma no imprimiese en todo su imperio el sello de su dominacion con una misma profundidad, se ha seguido naturalmente que el lenguaje vulgar, con buenas razones llamado filosófico, no aplique el calificativo de raza latina, sino al conjunto de aquellas colectividades en que ese sello se imprimió mas profundamente.

¿Qué quiere usted? Homenaje es éste que el pensamiento i el verbo comunes tributan a la grandeza, un dia omnipotente i hoi anonadada, de aquel magnífico imperio.

La España i la Francia fueron, exceptuando la Italia misma, acaso los paises en que el influjo de la dominacion romana se hizo sentir con mas eficacia, i son, sin duda, aquéllos en cuyos lenguajes resuenan con mas frecuencia i claridad los acentos armoniosos de "la dulce lengua del Lacio."

De nada valdrá en este sentido a los ibéricos alegar en su favor la especialidad i la antigüedad de su orijen; como tampoco podrian los franceses eximirse de su calificacion de latinos por la parte considerable que en el suyo cupo a los primitivos galos.

I no me negará usted que, como una consecuencia de la comunidad e intensidad del influjo latino sobre estos pueblos i sus derivados, se advierten fácilmente entre todos ellos indudables afinidades i simpatías, no sólo en las lenguas, sino en las ideas i sentimientos, instituciones i costumbres.

Que en esta materia sea vagos e indefinidos los límites de las cosas mismas, i, por consecuencia, de los conceptos i de las palabras, nada prueba contra la existencia de las cosas, contra la veracidad de los conceptos, ni contra la propiedad de las palabras.

Pero, suponiendo que todo esto no fuese así, i que la calificación de raza latina, en su actual alcance, fuera evidentemente impropia, esa calificación estaria consagrada por el uso universal, i particularmente por el uso de la jente culta que habla castellano, norma includible a que hemos de sujetarnos en materia de lenguaje, so pena de no entender o de no ser entendidos.

Las condiciones naturales de entendimiento, sensibilidad e imajinacion características de la raza latina, sobre todo, cuando combinadas con la solidez del juicio i la enerjía del carácter, la han hecho desempeñar un papel de primer órden en la historia de la humanidad.

Recuerda usted como acontecimientos culminantes determinados por la raza ibérica, la 'ha contra los moros en la península, i el descubrimiento, la conquista i la independencia de la América

Hablando, en jeneral, de la raza latina, podrian agregarse a esos hechos, entre otros, la conquista del mundo antiguo por los romanos; el influjo secular del papado; i la revolucion francesa i sus consecuencias, i entre éstas, especialmente, el imperio napoleónico, mas vasto que el de Carlomagno i que, por efímero que se le suponga, ha dejado huellas imborrables en el pensamiento, en la lejislacion, en la historia i en la política de los pueblos.

Cuanto a los grandes jenios de la humanidad, pertenecientes a la raza latina, sin salir de este siglo, i ademas del formidable corso, ahí tiene usted, entre otros, a Pasteur, que renovó la faz de la ciencia, a Bello que lejisló sobre las costumbres i el lenguaje, i al mismo pontífice actual, que se acerca a su ocaso entre esplendores de serenísima lumbre.

Precisa, sin embargo, por la inversa, decir que las mayores exajeraciones i estravíos de la humanidad proceden de la raza latina.

Mire usted el reverso de la conquista del mundo antiguo por los romanos, en la degradacion imperial; el reverso del influjo secular del papado, en la corrupcion eclesiástica i en la intransijencia teocrática; el reverso de la lucha contra los moros, en la espulsion de los mismos i en sus deplorables resultados; el reverso del descubrimiento i de la conquista de América, en las crueldades de esa conquista, en los errores del coloniaje i en los sacrificios de la independencia; el reverso de la revolucion francesa, en el terror; el reverso del imperio napoleónico, en los rios de sangre con que inundó la Europa....

I en la raza latina encuentra principalmente el anarquismo sus alucinados adeptos.

Todo ello es lójico: miéntras mas afilado el instrumento, miéntras mas potente el esfuerzo, mas eficaz la accion del instrumento mismo, sea en el sentido del bien, sea en el sentido del mal.

La imajinacion que da sus matices a el alma, que despierta las hipótesis, a las veces fecundas, de la ciencia, que señorea las artes, que sirve de faro a nobilísimas empresas, desviada de sus verdaderos objetivos, sólo seduce engañosamente, trastorna, deslumbra o ciega.

I tomado un falso rumbo ¡cuánto cuesta volver al verdadero! i ¡qué perjuicios se siguen de haberlo tomado!

Como la naturaleza lleva a cada organismo individual la estrecha cuenta de sus aciertos i desaciertos, para sancionarlos condignamente, lleva asimismo a cada organismo colectivo, a cada raza, a cada pueblo, la estrecha cuenta de sus aciertos i desaciertos, para sancionarlos tambien condignamente.

No hai errores que no se paguen, ni fenómenos que no pudieran esplicarse, digo mas, justificarse cumplidamente.

La cuenta de la raza latina es larga, i tiene gruesas partidas en su debe.

La cuenta de la raza ibérica es especialmente larga i gravosa. No hai que rebelarse contra la aplicación de las leyes naturales, sino observarlas para deducir de ellas enseñanzas saludables.

A lo que he querido referirme no es a las condiciones intrínsecas de la raza latina, sino al estado en que actualmente se encuentra por la obra de muchas circunstancias infaustas.

Hoi triunfa la raza sajona.

¿Por qué triunfa?

Créamelo usted, porque debe triunfar.

Porque, a pesar de sus errores, se ha conformado mas a la naturaleza de las cosas, dentro de las condiciones del último desenvolvimiento histórico.

Hai que convencerse de que la edad de las fantasías i de los sentimientos va pasando; i va pasando para el bien de la humanidad.

Alborea la edad de la razon i de la ciencia.

El predominio de la fuerza es i será de los mas verdaderamente intelijentes, de los mas sensatos.

No es una lei histórica que las civilizaciones intelectualizadas i florecidas deben ceder el paso a la enerjía brutal de las razas jóvenes.

La lei histórica es que las civilizaciones estragadas, a pesar de sus refinamientos, i muchas veces por ellos mismos, deben ceder el paso a nuevos elementos civilizadores, por incultos que éstos sean, siempre que intrínsecamente valgan mas que aquéllos.

Creo que un pueblo relativamente jóven puede estragán dose llegar a una vejez prematura, i a una ruina anticipada, vergüenza i castigo de su estragamiento; como creo que un pueblo relativamente viejo puede prolongar i renovar su juventud i su fuerza, como honor i premio de su austeridad.

Las colectividades se encuentran, a este respecto, en una situación análoga a la de los individuos, con la ventaja inapreciable en favor de aquéllas de que la sucesión de las jeneraciones va renovando los organismos naturales de sus miembros, i produciendo, por decirlo así, un rejuvenecimiento perpetuo de la vida popular.

Lo que puede decirse, con verdad, que constituye la edad de un pueblo, no es el número de los años que alcanza su desarrollo histórico; es el estado fisiolójico i sociolójico de su organismo jeneral.

Cuando cayó el imperio romano, no era viejo por el trascurso del tiempo; era viejo por su decrepitud i decadencia.

I hoi mismo, ¿no vé usted jóven i vigorosa, aunque ya rodeada de numerosos retoños que se asimilan su jenio, a la vieja Inglaterra?

¡Qué pena comparar ese espectáculo al de la pobre España, valetudinaria i temblorosa, abandonada a su soledad i a su infortunio, como piedra de escándalo a la orilla del camino!

Se queja usted amargamente de que el aforismo, a primera vista brutal, de que "La force prime le droit" prevalezca sin contrapeso en las relaciones actuales de los pueblos civilizados, de la misma manera que en los tiempos primitivos, prescindiendo, como de mueble inútil, del concepto jurídico que instituyó Grecia i que definió Roma.

Es necesario no tomar ese aforismo estrictamente en toda su amplitud i precision literales.

Las leyes que rijen las relaciones sociolójicas de los distintos pueblos i razas, no pueden, a mi modo de ver, equipararse a las reglas que el raciocinio induce i el lejislador fija para gobernar las relaciones civiles de los distintos individuos dentro de un mismo estado.

Las primeras son indudablemente de un órden superior i ménos definido que las segundas.

Estas últimas tienen por objeto, sobre el bien individual de los asociados, el bien social de la comunidad; aquéllas tienen por objeto, sobre el bien de las distintas comunidades, particularmente consideradas, el bien jeneral de la humanidad.

No es la fuerza lo que constituye el derecho entre las naciones i las razas; pero ¿quién se atreveria a negar que los antecedentes que la inducen, sean del órden físico, del intelectual o del moral, i a veces de las tres clases juntas, pueden tener influencia en determinar ese derecho?

Que el prevalecimiento de la fuerza nos retrotrae a las épocas primitivas....

La verdad es que, fijándonos, como debemos fijarnos, nó en las reglas que gobiernan a los individuos, sino en las leyes que rijen a los pueblos i a las razas, el prevalecimiento de la fuerza, o sea, de los antecedentes que la inducen, no es de hoi o de ayer, de éste o de aquel pueblo o raza, sino de todos los tiempos, de todos los pueblos i de todas las razas.

Para no ir mas léjos, la misma Roma, que definió el derecho, ¿qué hizo sino dominar con su fuerza a los pueblos

que venció?

¿Qué han hecho despues todas las razas conquistadoras? ¿Qué hizo especialmente la España en la épica conquista del suelo americano?

I la misma fuerza que Roma i España emplearon para sojuzgar mundos, volvióse en su contra, cuando, sin duda, Roma i España, a pesar de las fastuosas apariencias imperiales, habian perdido las enerjías i virtudes que justificaron (dígase lo que se quiera) esas conquistas.

Roma i España vieron desvanecerse sus aparentes grandeza i gloria; pero ganó la humanidad.

El mundo no se detiene.

El progreso atropella cuanto le estorba.

Vano es alegar contra las fuerzas vivas de la civilizacion triunfante las vetustas ejecutorias de otros tiempos.

El estado de las razas en cada momento histórico depende de un conjunto complejo de circunstancias.

Hai que atender, en primer lugar, al elemento étnico.

Este elemento depende de los oríjenes de las razas, que no siempre será fácil establecer, i de sus vinculaciones entre sí, a menudo necesarias, si no en la especie, en el jénero.

Suele suceder que la inoculacion de la nueva sangre crea un carácter que se sobrepone históricamente al de la raza inoculada; tal aconteció, a mi juicio, con los pueblos meridionales inoculados con sangre latina.

Este elemento es, sin duda, mui importante en cuanto determina ciertas cualidades en las razas.

No convendrá, sin embargo, exajerar esa importancia cuando se trate de establecer comparaciones entre las cualidades de las distintas razas secundarias incluidas en cada raza principal.

Así, por ejemplo, las diferencias características de las distintas razas secundarias blancas no han orijinado invaria · blemente la superioridad de una de ellas sobre las otras. Por el contrario, sea en razon de los diversos grados de aprovechamiento de las cualidades de esas razas, o por otras causas, ello es que, sin modificaciones sensibles en las fisonomías étnicas de las naciones europeas durante los últimos tiempos, la historia recuerda numerosas alternativas de predominio entre ellas.

Hai que atender, en segundo lugar, al elemento físico, entendiendo por tal el conjunto de aquellas causas del órden material que ejercen su influjo sobre las razas.

Entre estas causas figuran la situacion jeográfica la configuracion topográfica, la naturaleza del suelo, el clima i los accidentes metereolójicos, etc.

Así como estas causas influyen en la produccion de la fauna i flora, por medida semejante, aunque no idéntica, influyen tambien en las calidades de las razas.

A pesar de su grande importancia, este elemento no es tampoco decisivo por sí solo.

Hai que considerar, en tercer término, el elemento moral, o sea, el conjunto de aquellas causas inmateriales que ejercen su influjo sobre las razas

Entre estas causas figuran los progresos de las ciencias i de las artes, la educación en sus distintos aspectos, físico, intelectual, i especialmente moral, la relijion i las costumbres.

Siendo el hombre por excelencia un ser moral, las causas morales deben influirlo poderosamente

Es tal la importancia de algunas de estas causas, que espíritus distinguidos, i hasta superiores, aunque esclusivistas, no han vacilado en atribuirles influencias particularmente decisivas en las condiciones de las razas.

No faltan, por ejemplo, quienes sostengan que la actual superioridad de la raza sajona procede de la reforma luterana.

Que el espíritu de esta reforma ha ejercido considerable influencia en los paises en que logró prevalecer, no podria con fundamento negarse; pero, ni esta influencia es esclusiva, ni se debe tanto en último término a la reforma misma, cuanto a las causas que la hicieron posible i eficaz en los referidos paises.

Aun prescindiendo de los inconvenientes políticos opuestos a la invasion de la reforma en España, ¿se habria jenera-

lizado en ésta como en Inglaterra?, ¿habria producido en la primera los mismos efectos que en la segunda?

No es seguro, i me atrevo a dudarlo.

No faltan tampoco, por ejemplo, quienes sostengan que la actual superioridad de la raza sajona procede de su sistema de educacion.

Es cierto que él ha pasado a ser una causa poderosa de bienestar i progreso en los paises de su establecimiento; pero ántes de ser causa, fué efecto de condiciones sociales que concurrieron en esos paises i que no concurrieron en otros.

Hai que considerar, en cuarto lugar, el elemento político, entendiendo por tal el conjunto de aquellas causas relativas al gobierno interior i esterior de los pueblos en los estados normales de la paz interna i de la paz esterna, i en los estados anormales de las revoluciones i de las guerras.

La influencia de este elemento está a la vista.

En él se ocupan principalmente las pájinas de la historia.

Los factores morales i los políticos no pueden decirse independientes de los factores étnicos i de los físicos; pero no tienen el mismo carácter de fatalidad que acompaña ordinariamente a éstos.

No somos del todo los juguetes de un destino inexorable. La naturaleza, o quien la gobierna, nos ha reservado un papel importantísimo en la determinacion de nuestra suerte.

Tomando las cosas en su estado actual, todas las causas que han influido en determinar las condiciones de las razas, tanto las necesarias como las continjentes, o modificables en su tiempo al arbitrio humano, aparecen revestidas del carácter de necesidad, constituyen el hecho consumado.

Pero, mirando a lo porvenir, aunque discurriendo sobre esa base de necesidad, no todo es fatal: podemos mejorarnos i engrandecernos sabiéndonos gobernar, sobre todo en lo moral i en lo político.

El buen gobierno que necesitamos no ha de procurar ser, no podria serlo, dada la diversidad de las circunstancias, una copia literal del buen gobierno sajon, a pesar de los esplendores del éxito con que éste refulje ahora.

Pero, combinadas las cualidades predominantes de la raza latina con el grado necesario de las virtudes sajonas, podrán acaso volver a lucirle venturosos dias de prosperidad i gloria.

No cabe negar que nuestra raza ha esperimentado en el último tercio del siglo dolorosos contratiempos.

La Francia fué fustigada de tal manera, que la misma discordia europea ha casi enmudecido desde entónces a acá.

La Italia, reorganizada apénas, ha pospuesto, por desgracia, la tarea de robustecer su organizacion, por la vanidad de figurar como potencia de primer órden, i por la de llevar a playas remotas el imperio de una prematura i no justificada espansion política.

Las consecuencias han sido empobrecerla, deprimirla de hecho en el concierto de las naciones, i fomentar esa poderosa corriente emigratoria que lleva a los italianos a los cuatro ángulos del globo, i principalmente, en proporcion considerable, a la República Arjentina.

I la España ha continuado languideciendo al influjo de sus tradiciones de teocracia i despotismo; de la ignorancia i comun desidia de sus masas populares; de la atonía de su vida industrial; de la falsedad efectiva de sus instituciones constitucionales; de sus frecuentes convulsiones internas; i, por último, de los espantables fracasos que han concluido con los últimos restos de su imperio colonial.

¡Qué contraste entre el primer viaje de Colon a la América i la tristísima vuelta de sus últimos despojos a la península!

Todos estos dolorosos sucesos han sido castigos, ejemplos, escarmientos; i todos ellos son, no lo dude usted, condiciones de otros bienes que han venido o vendrán.

Pero, aun atribuyendo toda la eficacia posible a la accion humana, educacional i política, para correjir los estravíos de lo pasado, i señalar con acierto los rumbos de lo porvenir, es difícil que esa accion alcance en Europa, por el imperio de los antecedentes fatales i de los hechos consumados, a modificar lo bastante las condiciones de la raza latina para ponerla en estado de competir ventajosamente, por sí sola, con las demas razas.

Fácil es observar como se produce en la actualidad el equilibrio político.

La triple alianza, de cerebro i corazon jermanos, ha arrastrado, contra naturaleza, a la hermosa Italia.

Los pueblos anglo-sajones, sin firmar pactos, se dan la mano, i se apoyan en ambos hemisferios.

La Francia, hoi por hoi, a pesar de sus flaquezas, centro i gloria de la comunidad latina, enlaza sus colores, por sobre la triple alianza, con el blanco pabellon de los eslavos.

Sigue, miéntras tanto, el avance de los pueblos poderosos en las tierras bárbaras, lleva la Rusia su civilizacion hasta el Pacífico, i se prepara lenta, pero al parecer seguramente, la desmembracion de la China.

Sin aventurar previsiones hipotéticas, puede, sin embargo, asegurarse que, cualquiera que el curso de los sucesos sea, vencedora o vencida en el viejo continente, la raza latina tendrá aun en los futuros tiempos un gran papel que desempeñar, i que dejará huellas imperecederas en la historia de la humanidad i en la humanidad misma.

I así como de la combinacion de los elementos tan diversos de los bárbaros i de los romanos resultaron las sub razas que pueblan actualmente la Europa, de la combinacion posible de éstas resultarán acaso nuevas razas, que recuerden, armonizándolas, las cualidades características de las razas projenitoras.

El adelanto de las ciencias, de las artes i de las industrias, i las esperiencias de la historia, contribuirán a formar a las colectividades de lo porvenir situaciones de bienestar i de grandeza que ni siquiera sospechamos hoi, i cuyo goce, vinculado entónces en el espíritu de la humanidad con el recuerdo de los quebrantos de otras épocas ménos felices, convencerá a los pensadores de esos tiempos de la eficiencia de las leyes naturales i de la solidaridad de los acontecimientos históricos.

Felizmente, el porvenir de la raza latina en la América parece mas seguro.

La España nos ha dejado su sangre, ya pura, ya modificada por la sangre indíjena.

Desde la independencia, nuestros pueblos han empezado tambien a mezclarse con otros elementos europeos.

La enorme inmigracion que recibe la República Arjentina contribuye a darle un pronunciado sello de cosmopolitismo, i mezclándose con la poblacion nacional, fundirá en un mismo crisol jigantesco, los elementos constitutivos de la futura raza arjentina.

Con la mayor facilidad de las comunicaciones, irán produciéndose fenómenos análogos respecto de otros paises hispano-americanos.

Esta fusion de elementos diversos, sin alterar el fondo de nuestra raza, está llamada a modificarla ventajosamente, haciéndola, sin duda, mas jóven, mas fuerte, mas apta para la labor civilizadora.

Con su sangre, la España nos dejó su lengua, imájen la mas fiel de su pasada grandeza, huella la mas perceptible de su potente influjo, rico i comun tesoro, inestimable prenda de nuestra confraternidad, que hemos de conservar intacto, sin otras modificaciones que las necesarias para continuar adaptándolo a las exijencias i usos, cada dia crecientes, de la civilizacion.

El escenario de la América no puede ser mas vasto ni mas interesante.

Hai en él de cuantas tierras i aguas, accidentes topográficos, productos naturales i variedad de climas cabe imajinar: desde la espléndida exuberancia de las rejiones tropicales cubiertas de flores, desde las costas coronadas de palmeras, hasta la arena candente de los desiertos i hasta la triste soledad de las rejiones heladas.

Todos estos elementos están llamados a influir, de las maneras mas diversas, no sólo en las condiciones materiales de nuestra prosperidad i desarrollo, sino tambien en las condiciones intelectuales i morales trascendentes al ejercicio de las ciencias i de las artes, i de la sociabilidad jeneral.

La grandeza de las dimensiones i la majestad de los paisajes están llamadas a modificar esas influencias en un sentido correlativo de grandeza i majestad.

Puede avanzarse por la lójica induccion de lo sucedido en otros continentes, i aun por la clara vision de lo que va sucediendo en el nuestro, que serán, sobre todo, las zonas templadas, i acaso tambien las zonas frias, los asientos principales de la futura civilizacion americana.

No hai que tomar sólo en cuenta, a este respecto, la facilidad de la vida, muchas veces contraproducente, porque enerva el organismo, dificultando o haciendo ménos necesario el trabajo; hai que tomar en cuenta de preferencia aquellas condiciones que facilitan el desarrollo de las enerjías, el ejercicio de la actividad i la práctica de la virtud.

He dicho alguna vez, i repito ahora, que la República Arjentina i Chile ocupan conjuntamente en el hemisferio austral una situacion análoga a la de los Estados Unidos en el hemisferio boreal.

Agregaré que nuestras rejiones patagónicas i magallánicas ocupan una situacion parecida a la de los territorios ya adelantados i cultísimos del Canadá i de la Escandinavia.

¡Qué frutos de bendicion no rendirá nuestra raza ibérica, de tan claros oríjenes, tan intelijente i jenerosa de suyo, i, a mayor abundamiento, favorablemente modificada, cuando las circunstancias, i especialmente las necesidades i el clima, la llamen al ejercicio i desenvolvimiento de sus cualidades mas sólidas!

Duele decir que en los conceptos moral i político, la España hizo mucho malo, i dejó de hacer mucho bueno en nuestro continente.

Sin practicar el balance ya inútil de las responsabilidades imputables a su raza, sin determinar cuanto en ello fuese "crímen del tiempo i nó de España," a las crueldades bárbaras de la conquista, hechas todas con la cruz en alto, hai que añadir (para mencionarlos solamente) en el réjimen colonizador, el imperio de un absolutismo ciego que escluia toda libertad i toda educacion política, el prevalecimiento de una teocracia intransijente e injusta, la falta casi absoluta de toda educacion sistemática, i la implantacion de un réjimen económico esclusivista que comprimia el trabajo i ahogaba en su oríjen la riqueza pública.

No ha de estrañar, pues, la turbulenta inesperiencia de nuestras jóvenes naciones.

Pero la época de los mayores escándalos va pasando con el siglo que concluye; i se han encendido luces i se han apercibido brazos, para la lucha por la verdad i por el bien, que, al fin i al cabo, prevalecerán.

Temen muchos el avance progresivo i absorbente del coloso del Norte.

Avanzará cuanto pueda, i cuanto deba, aunque ya sus avances le cuestan caro; pero no creo que pueda ni deba llegar hasta nuestros paises.

Es mas difícil a un pueblo dijerir otro pueblo que a una serpiente dijerir otra serpiente.

I mas difícil es aun cuando el otro pueblo tiene oríjenes i tradiciones, lejislacion i costumbres, lengua i relijion, total o considerablemente diversas.

Las dificultades sufridas desaniman para sobrellevar otras.

A medida que la distancia es mayor, el imperio de la irradiación política, militar i social, es menor.

I a medida que el tiempo pasa, la civilización de los pueblos conquistables i su poder aumentan.

Supóngase usted si a esta distancia de los Estados Unidos, i al cabo del tiempo necesario para que la recorriesen con sus armas conquistadoras, venciendo las resistencias intermedias, i consolidando sus conquistas, habria la mínima probabilidad de que fueran capaces de agredirnos, i de que fuéramos incapaces de resistirlos.

Hoi mismo, prescindiendo de ese espacio, de ese tiempo i de todas esas dificultades, la empresa seria temeraria.

Calcúlese si opondríamos mayor resistencia que los filipinos.

La única razon natural de ser que podria encontrarse a su avance, seria una razon de progreso, la de un prevalecimiento de la fuerza civilizadora; i de aquí a allá, esa razon no existirá, en ningun grado, ni en manera alguna, porque nuestros paises serán el centro de una civilizacion próspera i fuerte.

Quienes lo nieguen o lo duden, no los conocen.

No sólo no es de temer la absorcion sajona: es de esperar del continente sud-americano, a lo ménos de esta parte del continente sud-americano, cierto contrapeso de la influencia sajona setentrional, i el reinado, yo creo que fulgurante, de la raza latina, en lo porvenir.

Miéntras mas cohibida se encuentre en Europa, con mayor anhelo se vaciará en la América.

I en la América, la distancia i el océano i su propia fuerza, le servirán de escudos.

Para que así sea, no me parece que necesitemos apelar a arbitrios estraordinarios.

No necesitamos la confederacion americana con que us-2 pes. HIS. ted sueña, i que, a mi humilde juicio, dado el estado actual de las cosas, es imposible

No necesitamos siquiera pactar alianzas, ni, mucho mé-

nos, de carácter jeneral e indefinido.

Necesitamos solo no dormirnos, no contrariar la obra de la naturaleza, empeñada benévolamente en el engrandecimiento de nuestros destinos, trabajar i educarnos, haciendo buena política interna; i, como usted tambien lo observa, vivir en paz los unos con los otros, mirándonos como hermanos que hacemos un mismo camino, i cuyos intereses son solidarios.

Necesitamos hacer vida nacional e internacional sana, hijiénica, si me per nite la espresion. sin buscar panaceas.

Esto parece fácil; pero consultar la simplicidad de la naturaleza no siempre lo es: ello constituye, por el contrario, el fruto sublime de la sabiduría.

Gocémonos i alegrémonos porque la discordia está aplastada, i si no aplastada, oprimida, i porque el reinado de la paz se acerca.

¡Cómo se habrá complacido el jeneroso corazon de usted con las últimas efusivas i solemnes manifestaciones de confraternidad internacional!

Sin atribuirles excesiva importancia, trabajemos por vincular a nuestros pueblos; i así la paz será un hecho; i la paz comportará de suyo, con nuestro esfuerzo, la seguridad, el progreso i la gloria!

SEÑOR DON ANTONIO RODRÍGUEZ DEL BUSTO.

Córdoba.

Mi apreciado señor i amigo:

Dentro de los límites de nuestra primitiva discusion, distingo el tema nominal relativo a la calificacion de nuestra raza, del tema real, relativo a sus antecedentes, circunstancias actuales i espectativas del porvenir.

Al tema nominal no le atribuyo importancia.

En mucho podrá usted tener razon a este propósito: he procurado sólo esplicar la calificacion comun con hechos plausibles, que acaso han influido en el intelecto de las muche dumbres para producirla.

En cuanto al tema real, sin entrar en detalles, soi un recalcitrante.

No es que desconozca la efectividad de algunos hechos citados por usted, ni la exactitud de algunas de sus apreciaciones; es que, encuadrando esos hechos i esas apreciaciones en el conjunto que yo concibo, no tienen las importancias respectivas que usted les atribuye.

Tratándose de problemas tan complejos, no basta a la conducencia de las demostraciones la alegacion de ciertos hechos determinados, aunque indudables, si tales hechos no revisten los caractéres de importancia i jeneralidad necesarios a esas mismas demostraciones.

Bien pudo, por ejemplo. la colonización española ser bajo algunos respectos superior a la británica, sin que de aquí se infiera una superioridad jeneral en que yo no creo, i que los resultados mas perceptibles no abonan.

Si me permite ser enteramente franco con usted, habré de decirle que, a mi juicio, su dúctil i fecunda intelijencia se encuentra influida para tratar de estas cuestiones por esplicables prejuicios i presentimientos.

Desde luego, no es dado a usted desprenderse de su nacionalidad.

Español capaz, ilustradísimo i progresista, no deja usted de ser español.

El dulce recuerdo de los primeros años, el noble amor a la patria lejana, mas amable cuanto mas desventurada, los sentimientos instintivos conjénitos a la sangre i a la raza, me parecen impulsarle a constituirse, nó en el juzgador severo, sino en el patrocinante ardoroso de procedimientos colonizadores que la razon, i mas que la razon, que la esperiencia condenan.

Contemplando los esfuerzos de usted por poner sus vastos conocimientos sociolójicos al servicio del pretérito i ya caduco sistema de colonizacion española, se me figura verle empeñado en vestir a la moderna, i en infundir un soplo de vida jenerosa a los carcomidos esqueletos del Panteon del Escorial.

Entre los influjos tradicionales que, a mi juicio, le influyen, no quiero, para continuar siendo franco, silenciar el influjo relijioso.

Respeto todas las relijiones, i reconozco la profunda trascendencia de ellas en la accion social.

Pero juzgo que el elemento relijioso, sea cual sea, desnaturalizado i maleado por la ignorancia i el fanatismo, perturba las ideas, estrecha los sentimientos, envilece los caractéres, corrompe las costumbres, divide las sociedades, i, mezclando lo sagrado con lo profano, ha sido i continúa siendo, una de las causas mas fecundas de oscurantismo i de desgracias de todo jénero para la humanidad.

Lo digo especialmente por la España, que es el caso típico de la exajeración i corrupción relijiosas.

No nacieron en ella la ciencia i el progreso a los bienheres influjos de la relijion i del sacerdocio.

Por el contrario, al paso que se cerraban fábricas i escuelas, abríanse conventos i monasterios.

Nadie podrá deiar de creer con usted que los Austrias i los Borbones desgobernaron la España; pero no hai que olvidar que el pueblo español soportó mansamente por siglos, la accion perturbadora de esos desgobiernos, i que, en cuanto al concepto relijioso, lo soportó sin disgusto ni protesta, digo mas, con jeneral aplauso de la pública opinion.

Por sus consecuencias mas a ménos próximas o remotas, el descubrimiento de la América fué una de las causas primordiales de la decadencia española.

Las ignorantes i atrevidas mujeres de Madrid que no há mucho apedreaban la estatua de Colon, tenian un concepto erróneo en su desenvolvimiento, pero certero en su oríjen, de esta causa de decadencia.

Miéntras el fanatismo ensombrecia los espíritus, i las manos de fierro de dominaciones tiránicas oprimian las jenerosas iniciativas del pueblo español, las riquezas del nuevo mundo penetraban como vírus de corrupcion i de impotencia en las venas de la va lastimada i decaida Iberia.

I sucedió lo que casi siempre desde que hai historia se vé que sucede: que sobrevinieron estagnacion, miseria, vergüenza i ruina.

Algo parecido a lo que, en menor escala, i en edad mas

juvenil, nos pasa a los chilenos; malaventuradamente. con las riquezas del Perú.

La victoria i la fortuna son, por demas, peligrosas en los individuos i en las naciones.

Porque la victoria envanece; porque la fortuna envanece i relaja.

Se ha observado que los patrimonios cuantiosos no duran en las familias mas de tres jeneraciones, porque la inaccion i los vicios que enjendran concluyen con las virtudes que los mantienen.

¡Cuánto duran correlativamente los resultados de la victoria, i el goce de la fortuna en los pueblos!

Pero, estos desgastes, estas disoluciones, estas podredumbres, pueden, a mi juicio, ser contrarrestadas.

Chile no estaba preparado en 1879 i 1880 para sobrellevar las consecuencias morales de la victoria, i salir triunfante en este nuevo combate, mas difícil i peligroso que el combate de las armas.

No así la Alemania en 1870 i 1871.

La enseñanza trascendental de Jena habia sido aprovechada ejemplarmente por los estadistas alemanes, sintetizados en el formidable espíritu de Bismarck.

La Alemania era a la sazon un pais larga i pacientemente preparado, no sólo para la victoria, sino para la organizacion de la victoria.

Una buena parte de la cuantiosa indemnizacion de guerra fué destinada, por ejemplo, al establecimiento del servicio de desagües en la ciudad de Berlin, con los resultados mas favorables para la salubridad pública.

Sin duda que la Alemania no habrá escapado por completo a las consecuencias deletéreas de la victoria; pero, a pesar de los desvíos i de las tendencias disolutas, domina e impera sobre la sociedad alemana un alto i vigoroso espíritu, heredero del espíritu del Gran Canciller, que vela por la conservacion de las ideas i sentimientos relijiosos, por la solidez de las instituciones, por la pureza de las costumbres, por la prosperidad de la industria i del comercio, por el ensanche de las colonias, en una palabra, por la permanencia i acrecentamiento de la grandeza nacional.

Algo semejante pasa con la Gran Bretaña.

No tengo tiempo ni espacio para analizar a este respecto el fenómeno con el detenimiento que mereciera: me limito a señalarlo.

No creo, pues, como usted, en el rápido i pronto desmoronamiento de los imperios sajones: son mas sólidos de lo que algunos se imajinan, aunque necesariamente frájiles i perecederos como todo lo humano.

Pero ellos han recibido con el lote de cierta solidez de juicio, que no es el patrimonio ordinario de los latinos, las lecciones de la fecunda esperiencia, parte en cabeza propia, parte en cabeza ajena.

El mundo progresa. ¿Por qué habria de no progresar el conocimiento del uso que ha de hacerse de la fuerza, de la victoria, de la fortuna, que no son, por cierto, cosas malas en sí mismas, sino en sus deplorables abusos?

Este no pudo, sin embargo, ser el privilejio del ya desvanecido imperio español.

Fuera de los resultados de la colonizacion ibérica, que, en jeneral, no son satisfactorios, bastaria pensar en lo que fué la España durante la época de esa colonizacion desde los puntos de vista social i relijioso, político i económico, para convencerse de que no pudieron serlo. Segun es el árbol, así son los frutos; i vice-versa "por sus frutos los conocereis."

No nos forjemos, pues, ilusiones, ni nos pongamos vendas sobre los ojos, en lugar de reconocer la verdad en toda su desnudez, favorable o adversa.

El diagnóstico es la base de la curacion.

Agradezcamos condignamente a nuestros projenitores la sangre i las virtudes que nos dieron; pero no llevemos la piedad filial hasta el desconocimiento de la verdad i el sacrificio de nuestros lejítimos intereses.

El progreso no es como el dios Jano: tiene una sola cara, i ésta mira al porvenir. (1)

Santiago, de Chile, a 16 de Octubre de 1999.

^{. (1)} Pueden verse las cartas del señor Rodríguez del Busto en su obra intitulada Peligros Americanos, Crítica de Ciencia Política, Córdoba, 1899.

CONFERENCIA SOBRE UN VIAJE A LA REPÚBLICA ARJENTINA

(Dada en la Facultad de Leyes i Ciencias Políticas de la Universidad de Chile, el 25 de Mayo de 1898)

A la fecha del descubrimiento de la América, habia en ella dos grandes imperios. Méjico i el Perú. situados ambos en las partes de las zonas templadas vecinas a los trópicos.

En las partes de las mismas zonas vecinas a los polos, habitaban indios ménos civilizados, pero mas bravos.

Al norte de Méjico, los pieles rojas, de musculatura férrea, de rostro pintarrajeado, coronados de plumas, i de largas cabelleras amarradas a la espalda.

Al sur del Perú, por el este, los indios calchaquíes, industriosos i viriles, indómitos a yugo ajeno. de cráneos curiosamente deformados, que los sabios i eruditos arjentinos estudian hoi a porfía; i por el oeste, los indios araucanos. avezados a todos los esfuerzos, peligros i dolóres, semi-desnudos, impasibles i tercos en su adignidad salvaje.

Al reves de la naturaleza, el hombre no ha desenvuelto jamas toda la amplitud de sus facultades en la zona tropical.

Los grandes imperios de Motezuma i Atahualpa se desplomaron al empuje de dos puñados de aventureros, como una vasta i antigua arquitectura a un rápido estremecimiento de la tierra.

Instituyéronse en su lugar los grandes virreinatos que, durante aquella edad media de nuestro continente que se llamó el coloniaje, fueron los centros principales de la civilizacion americana.

Miéntras tanto, los pieles rojas, los calchaquíes i los araucanos continuaban luchando.

Asoma la grande aurora, i se hace el dia de la libertad de la América

I desde entónces, los antiguos imperios, los nobles virreinatos, quedan reducidos a segundo término; i las tierras de los indios bravos, ménos templadas i ménos ricas, empiezan a prevalecer.

Ya domina en el norte la gran nacion que, atenta hasta ayer solo a las múltiples labores de su desarrollo interno, pone hoi como Breno en otros dias, su poderosa espada en la balanza de los destinos de la humanidad.

Ya empiezan a dominar en el sur la República Arjentina i Chile, que, ántes de ejercer influencia en los destinos jene rales, la ejercen incontestable en los de la América latina.

Próximos los Estados Unidos al centro desde donde se irradia la luz de la civilizacion, disponen de un vastísimo territorio (tan vasto que acaso algun dia haya de desmembrarse), los atraviesan i fecundan rios caudalosos, i gozan de los mas variados climas i productos dentro de la zona templada.

La rejion ocupada por la República Arjentina i Chile aunque mas lejana de Europa, i ménos vasta, ofrece condiciones análogas.

Si no existiesen los Andes, ¿quién duda que ambos paises serian uno solo, los Estados Unidos de la América del Sur?

Pero, altas cordilleras los dividen, distribuyendo entre ellos desigualmente, las tierras i las aguas.

Queda al este la República Arjentina, con una superficie de 3.200,000 kilómetros cuadrados, constituida en su mayor parte por dilatadísimas i verdes llanuras, sin mas agua que la del cielo; pero aptas a muchas especies de fáciles cultivos estensivos i, por excelencia, al desarrollo de la ganadería.

Habiendo carecido ese pais casi en absoluto de puertos adecuados, ha tenido que hacerlos i tiene que conservarlos artificialmente, merced a esfuerzos considerables i a gastos injentes.

La poblacion de Buenos Aires, que hace treinta años era apénas de 150,000 habitantes, alcanzaba, segun el último censo, a mas de 740,000; i no es aventurado suponer que exceda ahora de los 800,000.

Este estraordinario aumento de poblacion ha hecho in-

dispensable abrir en todos sentidos nuevas i amplias vías públicas, las cuales van ensanchando tan considerablemente el radio urbano de la ciudad que ya comienzan a incorporar a ésta las poblaciones de los alrededores

Se ha abierto últimamente en el centro mismo de Buenos Aires la espléndida Avenida de Mayo, aún inconclusa, que tiene catorce cuadras de lonjitud, i que, por la elevacion i magnificencia de sus edificios, habrá de superar a la Avenida de la Grande Ópera de Paris.

Tambien se ha abierto últimamente, en lugares ántes yermos i deshabitados, la lujosa Avenida del Jeneral Alvear, avenida de residencias aristocráticas que conduce al gran paseo de Palermo, i que recuerda las bellas de la Gran República.

Esas i otras amplias vías, de antigua o reciente formacion; sus plazas, parques i jardines; sus monumentos i edificios públicos; sus soberbias construcciones privadas; el desarrollo de su industria i su comercio; la actividad, movimiento i vida que se observan por doquiera, influyen para imprimir a Buenos Aires el aspecto monumental i complejo, el sello característico de las grandes capitales.

Entre las otras ciudades importantes de la República Arjentina, cúpome la oportunidad de visitar la ciudad de Mendoza como de 20,000 habitantes, construida despues del terremoto de 1862, con edificaciones bajas i amplias calles. bordadas de árboles: la ciudad de La Plata. como de 40,000 habitantes, capital de la provincia de Buenos Aires, ciudad novísima, evocada, por decirlo así, al conjuro administrativo en una época de riqueza oriental i de fiebres locas, hecha al estilo de las grandes ciudades norte-americanas i con edificios públicos verdaderamente monumentales, que son como las entrañas voluminosas de un cuerpo anémico; la ciudad del Rosario, vasto emporio comercial, a las orillas del Paraná, que cuenta va con 120.000 habitantes, i que está llamada a un gran porvenir; la ciudad de Córdoba fundada sobre suaves colinas, a cuyos piés se desliza el rio Primero, ciudad antigua, que conserva mucho del sello español i valiosas reliquias del coloniaje, célebre por su universidad, su observatorio astronómico i la cultura de sus hijos, i que domina una estensa rejion, ántes estéril, ahora fecundada merced al prodijioso embalse de doscientos sesenta millones de metros.

bicos de agua, hecho con esfuerzo titánico en las montañas de sus alrededores; i la ciudad de Tucuman, como de 30,000 habitantes ciudad tambien antigua i de sabor colonial, i situada en una zona que los rayos del sol ya calientan i fecundan en producciones tropicales, especialmente en caña de azúcar, la cual se elabora con los procedimientos mas adelantados, en máquinas admirables.

La República Arjentina viene saliendo de una profunda crísis económica. i con la esperiencia de pasados desastres, empieza a gozar de nuevo de la prosperidad i del bienestar.

Para recibir los productos cada dia crecientes de sus cosechas, existe en Buenos Aires el "Mercado Central de Frutos," jigantesco edificio que cubre un área de mas de 15,600 metros cuadrados, i en el interior del cual se acumulan con frecuencia verdaderas montañas de granos i de lanas.

Dos grandes problemas se ofrecieron desde el principio a la consideracion de los estadistas arjentinos: el de acortar las distancias i el de poblar la tierra.

La magnitud abrumadora de las pampas, aunque fuente futura de poblacion i riqueza, constituia un obstáculo formidable al progreso humano.

Sin embargo, solo en 1858 empezó la República Arjentina su red de ferrocarriles; pero la ha ido prosiguiendo con tal clarividencia de sus resultados i tal firmeza de propósitos, que cuenta en la actualidad con 15.000 kilómetros de vías férreas en esplotacion, i con 3,000 mas en construccion. rapidez no igualada por ningun otro pais del mundo, excepto por los Estados Unidos

La poblacion de la República Arjentina es de 4 000,000 de habitantes, o sea, de un habitante i tres décimos por ki-

lómetro cuadrado.

La España tiene 36; i la Italia 109.

Fuera de su centro de poblacion, la República Arjentina

parece todavía un pais desierto.

Buenos Aires cuenta con grandes obras de agua potable, i con obras de saneamiento completas, a pesar del radio inmenso de la ciudad, i del escaso o ningun declive de sus barrios i calles; obras que, como es natural, han influido mui favorablemente en el estado sanitario de la poblacion, i en sus estadísticas de mortalidad.

Buenos Aires ha organizado el servicio de la proteccion a la infancia sobre la triple base de auxiliar a los párvulos desvalidos; de mantener durante el dia a los niños cuyas madres trabajan fuera de sus hogares, i de dar a los infantes de cierta edad una enseñanza especialmente industrial en establecimientos adecuados.

La República Arjentina absorbe la mayor parte de la poderosa corriente de inmigracion que envía la Europa a la América del Sur, i cuenta ya con mas de un millon de estranjeros, de los cuales como 500,000 son italianos, i como 300,000 españoles.

I esta inmigracion espontánea va siempre en progresivo aumento.

Tiene Chile 750,000 kilómetros cuadrados de superficie, en jeneral montañosa, un estenso valle central, dilatadas costas i magnífico clima.

Han debido tambien imponerse a nuestros estadistas, aunque en menores términos que a los arjentinos, los graves problemas del acortamiento de las distancias i de la poblacion del territorio.

Adelantándonos a todas las demas naciones de Hispano-América, construímos en 1851 nuestro primer ferrocarril trasversal de Caldera a San Antonio de Copiapó.

Desde el principio de esa obra hasta la fecha, hemos construido como 5 000 kilómetros de vías férreas.

Ha sido sensible, sobre todo en los últimos tiempos, cierta deficiencia de nuestra labor administrativa a este respecto.

La poblacion de Chile es de 3.000,000 de habitantes, o sea, de tres habitantes i seis décimos por kilómetro cuadrado.

Hace mui poco que nuestras autoridades han empezado a preocuparse en el importantísimo servicio de la hijiene pública.

I todavía, a pesar de la espantosa mortalidad de Santiago, i de las excepcionales facilidades que esta ciudad ofrece para su saneamiento, se proyecta i delibera sobre este particular, i no se ejecuta.

Hasta hace cuatro años, época en que se echaron las bases de la Sociedad Protectora de la Infancia, morian

anualmente en Santiago 12,000 niños, segun los libros del cementerio.

La pavorosa catástrofe de la Compañía, de trascendentales consecuencias políticas, relijiosas i sociales, victimó solo 2,000 mujeres.

Merced al servicio de esa institucion, que impone al Fisco un desembolso de \$40,000 al año, no mueren ya anualmente en Santiago sino 6,000 niños.

Ampliando el mismo servicio, que es a todas luces insuficiente, podrian aun arrancarse a la tumba algunos millares de párvulos al año:

Sólo existen en Chile como 40,000 estranjeros.

La mayor parte de nuestros progresos industriales i mercantiles se deben a la inmigracion espontánea.

Merece tambien un patriótico recuerdo la colonizacion de Valdivia: grande obra que no costó al Fisco mas de \$200,000, i que trasformó la faz de esa provincia, haciéndola entrar con actividad i recursos propios en la vida de la civilizacion.

Todo lo demos que ha pretendido hacerse en materia de inmigracion artificial, i cuyo costo excede de \$12,000,000, ha resultado mezquino, cuando no andrajoso i enfermizo: ha sido un verdadero parto de los montes.

Durante varios años, la partida de la inmigracion no ha bajado en nuestro presupuesto de \$1 000,000; sin que se consultase un solo centavo para facilitar nuestras comunicaciones con Europa.

¿Por qué estraña ceguedad, por qué error funesto, se ha pretendido hacer violencia a la naturaleza, procurando la inmigracion artificial, en vez de abrir el camino por donde se deslizara fácil, constante i fecundadora, la inmigracion natural?

Del Oriente viene la luz.

Del Oriente la recibió el Ejipto; del Oriente la recibieron Grecia i Roma; del Oriente la recibió la Europa occidental; del Oriente la recibe la América.

Pero; sólo al traves de la cordillera o del Estrecho puede recibirla nuestro país.

Tomando en cuenta las sinuosidades del terreno, la cordillera divide a Chile de la República Arjentina, entre los paralelos 23 i 52, en un espacio de 4,000 kilómetros (cerca de

1,000 leguas), i ofrece en esa línea las cumbres mas altas de la América, i las mas altas del mundo, con excepcion de las del Himalaya.

Considerando sólo el espacio comprendido entre Guardia Vieja i Rio Blanco arjentino, la cordillera ofrece un desarrollo total en latitud de ochenta i dos kilómetros (cerca de veinte leguas.)

En ese espacio, es constituida por encadenamientos sucesivos de montañas, llenas de accidentes i fragosidades, siempre o amenudo nevadas, que no dejan paso al hombre sino en determinados parajes con molestias mayores o menores, pero siempre graves, i en cierta época del año, que no excede jamas de siete meses.

Así se comprende como, fuera de vaqueanos i prófugos, no atraviesan anualmente la cordillera mas de dos mil personas, lo que da la proporcion lamentable de una persona de un pais al otro i vice versa, por cada cuatro kilómetros de línea divisoria (poco ménos de una legua) al año.

Es casi la incomunicacion absoluta.

La obra de un ferrocarril trasandino debió ser considerada por nuestros gobernantes, despues de nuestra emancipacion política i de nuestra organizacion interna, como la obra primordial de la República.

Hace mas de sesenta años que existen ferrocarriles sobre la tierra, i aún no se cumple a este respecto el voto de la nacion ilustrada, aún no se nos abre camino a la luz.

Hace veinte i ocho años que un chileno ilustre emprendió la magna obra con sus propias fuerzas; pero, precisado a requerir mas tarde el auxilio fiscal en forma de garantía, le fueron virtualmente denegadas cuatro solicitaciones sucesivas, dándosele siempre ménos de lo que pedia.

'Al acudir por la última vez a nuestro Congreso en demanda de la garantía de un cinco porciento sobre un millon doscientas mil libras, declaró que, dadas las excepcionales circunstancias de la obra, le era imposible realizarla con una garantía menor.

Abonaban la veracidad de su palabra, la honradez de una vida sin tacha, i veinte i cinco años de una labor ímproba, a menudo angustiosa, encaminada derechamente a hacer la grandeza i la felicidad de este pueblo.

Necesito decirlo con la vista baja i el rubor en las mejillas. No dando crédito a esa palabra, con la suspicacia engañadora del huaso ladino, nuestros lejisladores otorgaron sólo la garantía del cuatro i medio porciento; estendiéndola, acaso para manifestar su jenerosidad, a un millon trescientas mil libras.

I la obra no se hizo, i no se hace todavía.

Ese ilustre compatriota nuestro encontró, del otro lado de los Andes, mas proteccion i aplauso que en su propio pais.

Léjos de protejerle i aplaudirle, el Congreso de Chile le abandonó a su suerte, herido i desangrado en medio de esas mismas cordilleras, grandes como su intento, como su constancia i como su gloria.

El viaje marítimo de Valparaiso a Buenos Aires (el único posible durante cinco meses en el año) dura como doce dias; cuesta mas que el de Buenos Aires a Europa; tiene que hacerse por rejiones ásperas, inclementes i tempestuosas, i no se realiza sino una vez cada quincena

· Terminado el trasandino, el viaje a Buenos Aires podrá hacerse en cuarenta horas, esto es, en un dia i dos noches.

Comunicados los pueblos, mueren de muerte natural los estrechos provincionalismos, se eleva el criterio, se depuran los sentimientos, i toma el patriotismo su grande i verdadera forma compatible con el americanismo i la humanidad.

La naturaleza parece haber llamado a estos pueblos al intercambio de sus productos no similares.

Sobran, por ejemplo, los vinos, por exceso de produccion en Chile, i los azúcares por exceso de produccion en la República Arjentina.

El establecimiento de nuevos mercados para esos productos u otros análogos, que debiera facilitarse mediante la celebracion oportuna de tratados de comercio, aumentaria considerablemente la riqueza i el bienestar de ambos paises, creando entre ellos esa solidaridad de los intereses materiales recíprocos, que es la prenda mas segura de la paz internacional.

La terminacion del trasandino tenderia, sobre todo, a nivelar las ventajas de la civilizacion europea a ambos lados de la cordillera, por un fenómeno parecido al que llaman los físicos de los vasos comunicantes. Son tantas i tales las ventajas de esa obra, se refieren a órdenes tan complejos de variados elementos, i abrazan tiempos i espacios tan considerables, que es vana empresa para el pensamiento de un solo hombre el comprenderlas; pero, por lo mismo, la luz de su evidencia nos inunda por doquiera.

Fijos los ojos en la ventura de estos dos paises, en el engrandecimiento de la América, en los destinos de la humanidad, debieran ambos gobiernos ponerse de acuerdo, a la brevedad posible, para resolver de hecho el problema, enviando los trabajadores al terreno.

Ellos serian por excelencia los obreros del progreso, i acaso los heraldos de la paz americana.

I cuando, en un porvenir ya mui próximo, la luz de la razon, de la esperanza i de la gloria disipe las nubes que hoi se amontonan sobre los Andes, llegado será el caso de destinar los productos de las rentas equilibradas de algunos de nuestros respectivos elementos de destruccion i de muerte a esas ímprobas pero fecundas labores de construccion i de vida.

El valor de un solo acorazado de línea bastaria para terminar el trasandino.

Si desde el año 1810 al presente, saliendo apénas del letargo colonial en medio de las convulsiones dolorosas de nuestra incipiente organizacion; en un espacio de tiempo tan corto para la existencia de los estados, que no alcanza al máximum de la vida humana, espacio de tiempo trascurrido en su mayor parte sin ferrocarriles, vapores ni telé grafos, Chile i la República Arjentina han realizado ya notables progresos, colocándose a la cabeza de la civilizacion latino-americana, ¿qué será de ellos en un siglo mas, si no estravían sus rumbos, si comprenden sus destinos, si cumplen sus deberes?

Ya no parecerá la República Arjentina, fuera de sus centros principales, un pais desierto.

Una complicada red de ferrocarriles habrá llevado a todas partes el empuje civilizador de una nueva raza.

La abundancia i la riqueza, con escaso esfuerzo adquiridas, florecerán por todas partes.

I su capital será como un poderoso cerebro coronado de esplendores.

Chile ofrecerá otro espectáculo no ménos majestuoso i grato.

La minería prosperará.

Hai cobre en nuestro suelo desde Cobija a las Condes; i lo hai en Atacama i en Coquimbo en cantidades fabulosas.

Hai tambien en muchas partes considerables yacimientos de hierro.

Los hai asimismo de oro, plata i otros minerales.

Desde las márjenes del Bio Bio al sur, se dilatan las vastas zonas carboníferas, que han formado i formarán grandes fortunas.

La agricultura tambien prosperará.

Las cepas retorcidas de nuestras viñas cubrirán los valles i collados del norte i del centro; i nuestros vinos serán famosos en la América i en el mundo.

Se habrán jeneralizado los interesantes cultivos de las frutas, flores i legumbres que, en tanta copia i con tal excelencia, produce nuestro suelo: no ménos que otros cultivos, hoi incipientes, mañana fecundos, como el de las abejas i gusanos de seda.

Prevalecerán en el sur el cultivo de las maderas i el ejercicio de la ganadería.

La industria manufacturera, hoi tan abatida, tendrá tambien que prosperar.

Para la fundicion de los minerales, para el riego de los campos, para dar movimiento a las máquinas, para llevar con la traccion i alumbrado eléctricos la comodidad i la alegría a nuestras ciudades i a nuestros campos, se aprovecharán las fuerzas torrentosas de nuestros rios, i cabrá hacer en nuestras montañas, no ya un solo embalse como el de Córdoba, sino diez, ciento, cuantos se quieran.

La antigua barrera se habrá convertido en fuente de abundancia, en laboratorio de enerjía, en jigantesco monumento al progreso.

Fuera del ferrocarril trasandino por Uspallata, habrá uno por Copiapó, otro por Tinguiririca, otro por Antuco, otro por Valdivia; i todos ellos empalmarán con los ferrocarriles arjentinos i rematarán en el Pacífico.

Nuestro ferrocarril lonjitudinal, de tanta importancia social, mercantil i estratéjica, estará terminado. Numerosos ferrocarriles trasversales pondrán en íntimo contacto las fuerzas productoras con los medios de esportacion.

Ni desmerecerá el nativo vigor de nuestra raza, con la respiracion del aire de mar, con la ascension a las montañas i con las rudas labores de las industrias intensivas.

La naturaleza, madre induljente i fácil con la República Arjentina, ha sido con Chile una madre cariñosa pero severa.

Ella nos impuso la lei de un trabajo arduo; pero el trabajo conduce a la fuerza i a la virtud, a la fuerza que es el poder, a la virtud que es el honor.

Tenemos mas montañas que la Suiza, i mas costas que la Inglaterra.

Del Oriente viene la luz.

La civilizacion fatigada de la vieja Europa, tiende a establecerse en la América, que será un dia su escenario colosal.

Ella misma se abrirá triunfalmente sus caminos.

El vigoroso anciano que horadó un istmo, cayó quebrantado i herido de muerte moral, ante que de muerte física, en los brazos del escándalo; pero el istmo americano será horadado por Panamá, por Nicaragua, por donde lo sea, pero lo será.

En la Conferencia Internacional Americana de Washington se concibió la grande idea de cruzar la América con una vía férrea que, saliendo de esa ciudad, i bifurcándose en Colombia, enviara sus ramales respectivamente por las costas del Atlántico i las del Pacífico, hasta Buenos Aires i Santiago de Chile.

Abierto el istmo, perforados los Andes, vivificada la América entera con ese sistema arterial de vías férreas, iluminado el Estrecho, nuestro continente podrá entrar de lleno en la realizacion de sus gloriosos destinos.

Estos pueblos tienen una gran mision que cumplir.

La raza latina se acerca a su crísis; la raza sajona i la raza eslava son las olas que suben en el mar de las edades.

¿Quién salvará a la raza latina?

¿La salvará la Grecia vencida i exhausta?

¿La salvará la Italia, sediciosa i hambrienta, que quiso ayer colonizar, siendo casi incapaz de vivir?

3 DES. HIS.

¿La salvará la España, que está concluyendo de arreglar sus cuentas con la civilizacion i la humanidad; heróica en el peligro i magnánima en la angustia, pero desmedrada i abatida a la sombra secular del despotismo político i del fanatismo relijioso?

¿La salvará la Francia que, despues de haber iluminado al mundo con los resplandores del pensamiento i de la libertad, bajo la tenaz obsesion del desastre ya lejano, inclina su frente a la espada i cierra sus ojos a la luz?

En Hispano América, Chile i la República Arjentina son

los mas fuertes i serán los mas responsables.

Deben hacer una política de verdad i de justicia; una política que comunique los pueblos i eduque los hombres.

La verdad, sea cual sea, es el jérmen del conocimiento i

la base de la justicia.

La justicia pone cada hombre i cada cosa en el lugar que le corresponde, i consulta la libertad i el órden.

La facilidad de las comunicaciones hace circular por to-

das partes la savia jenerosa de la vida universal.

La educacion sustrae al cuerpo de la debilidad i de la dolencia, al entendimiento de la ignorancia i del error, al corazon i a la voluntad de la flaqueza i de la culpa: hace una verdad consoladora del ejercicio de las instituciones democráticas, i afianza sobre sólida base la fortuna, el poderío i la gloria de los estados.

Santiago de Chile, a 6 de Junio de 1898.



ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA SITUACION I FUTURO DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

(Párrafos de una carta a don Estanislao Zeballos, leidos en el Ateneo de Santiago el 12 de Junio de 1899)

SEÑOR DON ESTANISLAO ZEBALLOS,

Buenos Aires.

Mi distinguido señor i amigo:

El espectáculo que se ofrece al espíritu medianamente observador i estudioso al echar una mirada sobre el conjunto de la América española, no es por cierto halagüeño.

Juzgo exactísima la idea de que la civilizacion hispanoamericana está retardada; pero sólo en un sentido absoluto, no relativo a sus antecedentes i circunstancias.

Demasiado tiempo habria habido, sin duda, para que se compenetrasen los distintos elementos populares, para que se estableciesen las instituciones en un pié de regular i activo funcionamiento, i para que el trabajo; la educacion i las tradiciones sociales informasen las costumbres de estas jóvenes nacionalidades en un sentido de bien i de progreso.

I de hecho vemos este ideal, si no en el todo, como usted mui bien lo observa, en buena parte realizado, en la gran república norte-americana.

Es que allí, fuera de las condiciones naturales i excepcionalmente propicias de la situacion jeográfica, de los mares i los climas, de las tierras i los rios, hubo alguna educacion i hubo alguna libertad.

Un gran número de los primitivos elementos colonizadores de los Estados Unidos huian del despotismo, necesitaban de la tolerancia, llevaban en su cerebro el jérmen de la libertad; a la espada preferian el arado, i no blandian la cruz como enseña de combate, sino como signo de amor i lábaro de redencion.

Los puritanos llevaron a Nueva Inglaterra la verdadera relijion del Cristo; esa relijion que nace en el amor, que se ejercita mediante el amor, i conduce al amor, i, por consiguiente, a la felicidad i al progreso de las naciones.

Duele tener que decir que, con honrosas excepciones, los españoles, influidos por el sometimiento secular a despóticas autoridades, seudo-representantes de Dios sobre la tierra, i penetrados hasta la médula de los huesos del sombrío, amargo e intransijente fanatismo relijioso, que habian luchado durante siglos con la cruz contra la media luna, no trajeron a la América jérmen alguno de libertad, ni la mayor parte de la esencia de esa verdadera relijion civilizadora, sino principalmente sus ritos aparatosos i vanos; i que, bajo el sayal de sus monjes, la coraza de sus soldados i la capa de sus aventureros, mas palpitaban el servilismo, la supersticion i el amor al oro, que el amor al hombre.

No es que yo desconozca lo que usted llama "caractéres jeniales de la raza fundadora": no pudiera desconocerlos sin renegar de la sangre que llevo en mis venas, i sin desesperar de los destinos de la América latina.

Es sólo establecer que en pos de las hazañas del descubrimiento i de los milagros de la conquista, la España se manifestó impotente, o poco ménos, como nacion colonizadora.

Sus heróicas guerras interiores, comenzadas en las escabrosas montañas cantábricas, i concluidas bajos los muros de la imperial Granada, templaron, como se templan los aceros toledanos, los músculos, los corazones i las voluntades de sus hijos, habilitándolos para las empresas mas vastas, rudas e inverosímiles que recuerda la historia, pero no pudieron hacerlos aptos para el desempeño de la labor fecunda, aunque difícil, de la colonizacion. La lucha enseña a soportar, a sufrir, i tambien a luchar; pero no enseña a educar.

Casi a raiz de su triunfo sobre los árabes, que coincidió con el despertar del renacimiento, i que fué pronto seguido de la invasion de la reforma luterana en Europa, ella misma, llevada de una obsecación que la envenenó de retroceso, para sostener la integridad de su fé relijiosa, espulsó de la penín-

sula a los sagaces moros, cultísimos en ciencias i artes; detuvo, como dice un autor católico, con muro de bronce el protestantismo en la cumbre del Pirineo; persiguió inexorablemente con el anatema, el hierro i el fuego la fecunda libertad del pensamiento; desdeñó i proscribió como inútiles i perjudiciales los métodos científicos de la observacion i de la esperimentacion; i redujo el brioso intelecto español a devorarse a sí mismo en la estéril tarea de barajar retruécanos i silojismos, teolojías i consonantes.

Nacidos el despotismo i el fanatismo de la sombra, es natural que propendan a permanecer en ella, i que, como ciertas aves nocturnas, huyan instintivamente de la luz.

No es, pues, de estrañar que durante el coloniaje apénas se diese alguna imperfecta educacion conventual a unos pocos de los colonos, i que los jérmenes de la ciencia i de las artes, como vívidas semillas caidas entre las ásperas rocas, apénas desarrollaran insignificantes embriones en el suelo americano.

Trasplantado a la América el réjimen absoluto de la autoridad real, que exijia la sumision servil de las voluntades, sin injerencia la que menor del ignorante pueblo en el manejo de sus propios asuntos, no cupo a su respecto la educación política práctica, que nace del ejercicio de las instituciones mas o ménos libres.

Trasplantado asimismo el réjimen absoluto de la autoridad eclesiástica, que exijia la sumision servil de las conciencias, que proscribia los demas cultos, i que se hallaba íntimamente ligado con las instituciones seculares, hubieron de prevalecer en nuestros paises la supersticion, la intolerancia, i ese sistema, aunque esplicable en su oríjen, perturbador en su desarrollo i funesto en sus consecuencias, de la vinculacion i mutuo influjo de lo temporal con lo eterno, del cetro con el báculo, del Estado con la Iglesia.

A fin de que las colonias no pudieran abastecerse sino con artículos españoles, i de que sus productos, i especialmente la plata i el oro, que eran tenidos, nó como los signos i medios de cambio de las riquezas, sino como las riquezas mismas, no pudieran esportarse sino a la metrópoli, se prohibió en lo absoluto la comunicacion de las colonias con los demas paises, clausurándose, por decirlo así, a la América española

dentro de una enorme muralla de siniestras proyecciones contra el comercio del mundo. I la España misma sólo enviaba a sus colonias un navío o dos por año.

Este réjimen económico guardaba, por lo demas, perfecta armonía con los rejímenes políticos i relijioso de que ántes hablé.

Con estos antecedentes, i siendo lentas i difíciles, cuando posibles, las comunicaciones dentro de cada colonia, o entre las distintas colonias, se concibe que fuese mísero i angustioso el desarrollo de las industrias i del comercio, i que bastase apénas para satisfacer las mas urjentes necesidades de los escasos pobladores de estos paises.

El réjimen colonial español trajo a la América el silencio i la tranquilidad; pero el silencio de la alta noche que enjendra el miedo, i la tranquilidad del vasto pantano que enjendra el miasma.

Así, i sólo así, merced a esta múltiple coercion que abatia las frentes, que encadenaba los corazones, que negaba a los cerebros la ciencia i a las voluntades la iniciativa, que cerraba los horizontes i obstruia los caminos, pueden esplicarse esos dos siglos i medio de tutelaje oscuro, en que, por un lado, la América progresó tan poco, i en que, por otro, se connaturalizó tanto con tendencias erróneas i hábitos malsanos.

Es cierto que la España misma fué la primera víctima de sus propios errores i culpas, entregada a la lástima de las jentes en la de *via-crucis* su desarrollo histórico.

Pero las fuerzas espansivas del pensamiento i de la libertad actúan incesantemente.

La palabra dialéctica i sutil de los enciclopedistas franceses no sólo hizo desplomarse un trono, bajo el ostentoso dosel de una tradicion muchas veces secular, no sólo inició en Europa una prolongada i sangrienta, pero gloriosa, edad de luchas por las nuevas ideas e instituciones, sino que tuvo fuerzas bastantes para atravesar, burlando la suspicacia de la estrecha clausura, mares, llanos i montañas, hasta encender con la chispa de nuevos anhelos algunos cerebros americanos. Para que penetre la luz, basta un resquicio.

Sigue la historia su arduo camino; i llega un dia en que un jenio potente, coronado de laureles, viendo la España decrépita i sus colonias sumidas como en secular catalepsia, concibe un pensamiento destinado acaso a hacerle el dueño de ambos hemisferios; pensamiento que fué el principio de su ruina i el principio de nuestra libertad.

I aprovechámos la ocasion, nó en odio a nuestra propia sangre, nó en fuerza de la ingratitud, sino llevados de nuestro profundo anhelo de mejorar el presente i de preparar el porvenir.

Era todavía mui vasta i mui profunda nuestra sombra; pero sabíamos lo bastante para darnos cuenta de nuestra miseria.

Tiempo tuvo la España para educarnos, i no lo hizo: no era edad lo que nos faltaba en 1810, sino educacion.

Pero, entre la subsistencia de un réjimen absurdo, i los inconvenientes de una libertad prematura, no habia que vacilar.

La madre patria, que no comprendió los desaciertos del coloniaje, no podia comprender la necesidad de la independencia.

De aquí los conflictos armados, las atroces crueldades, los agudos dolores i las hondas malquerencias que costó la emancipacion.

El destino hubo de cumplirse i fuimos dueños de la América española; pero quedamos inespertos e inficionados de todos los resabios coloniales.

Los fundadores de estas repúblicas atribuyeron la importancia que se merece a la educación popular, llegando a veces a recomendarla en sus instituciones fundamentales como la atención preferente de los Estados.

Merced a los esfuerzos de autoridades, corporaciones i particulares, la primera enseñanza ha logrado difundirse, alcanzando hasta algunas de las clases inferiores de la sociedad, i no faltan establecimientos de instruccion secundaria, superior i aun especial. Este progreso es el jérmen de los demas, es el progreso por excelencia.

Hubo patricios eminentes que, con la vision clara de la insuficiencia de estos pueblos para gobernarse a sí mismos, quisiesen darnos instituciones monárquicas.

Pero, el espíritu tradicional, aunque no esencial de esas instituciones, pugnaba con las fuerzas espansivas i anhelos propios de la libertad recien conquistada. Los siervos emancipados es natural que no quieran nuevos amos, aunque se les ofrezcan benévolos, i que no busquen

éjidas, ni tutores, sino vida libre.

Por otra parte, esas mismas instituciones acababan de ser cruelmente desacreditadas en su ejercicio, por la dinastía borbónica de Francia, contra la cual se habia hecho la revolucion francesa, i por la dinastía borbónica de España, contra la cual acababa de hacerse la revolucion de la independencia.

Fuera de todo esto, esplendia al norte un ejemplo alentador: el de los Estados Unidos rejidos por instituciones repu-

blicanas.

No se tuvieron en cuenta, o se desdeñaron, lo refractario de los antecedentes, i la enorme diversidad de las circunstancias.

Es claro que no se realizó el milagro de que las intituciones democráticas funcionasen bien: no cabe ese funcionamiento sino sobre la base de un pueblo ilustrado i consciente.

Caudillos audaces, al principio muchos de los mismos que habian hecho destellar sus espadas en las campañas revolucionarias, se colocaron a la cabeza de estos paises, para ejercer en realidad de verdad dictaduras, que eran sólo una parodia de las adelantadas instituciones en cuyo nombre se ejercian.

Gobernando esos caudillos, sobre bases de necesidad, si se quiere, pero de mentira institucional i capricho cesáreo; siendo sus gobiernos por lo jeneral deficientes, i no faltando otras ambiciones voraces, empezaron pronto a manifestarse por todas partes esos movimientos convulsivos, esas ajitaciones febriles que con tan desoladora frecuencia ofrecieron i aún ofrecen nuestros paises a la contemplacion i lástima o ludibrio de los ajenos.

Merced a la constitucion rigurosamente unitaria i cuasi monárquica de 1833, pudo Chile escapar en parte a la influencia de ese contajio.

No así la República Arjentina que, despues de algunos ensayos dolorosos, jimió veinte años vencida i quebrantada al yugo de un poder nefasto.

Con el trascurso del tiempo, el progreso de la educación i las lecciones de nuestra historia, nos ha bajado algun tanto la fiebre intensa de nuestros comienzos institucionales; i la América española no ofrece ya el deplorable espectáculo que ántes ofrecia.

Muchos rejímenes odiosos, o abiertamente ilegales, han sido debelados con la palabra, la pluma i aun la espada; restableciéndose condignamente los órdenes político i moral, desconocidos o atropellados por sus autores.

No es ya tanta la distancia que media entre la letra de nuestras instituciones i nuestro funcionamiento político.

La proclamacion de nuestra independencia no trajo consigo la proclamacion de la libertad relijiosa, ni mucho ménos, la secularizacion de las instituciones.

El servilismo de las conciencias, la proscripcion de los demas cultos, i la vinculacion estrecha de las instituciones seculares con las eclesiásticas, tenian hondas raices en la supersticion i en las costumbres populares.

Empero, la inmigracion de disidentes, i la comunicacion intelectual de nuestros paises con el mundo, han producido ya de hecho la emancipacion del pensamiento, i en muchas partes la libertad de cultos, i van produciendo gradualmente la secularizacion de las instituciones.

No ha sido posible, empero, realizar estas reformas, sin producir hondas divisiones sociales, sin convertir a los sacerdotes en luchadores, sin crear antipatías contra el sacerdocio, i sin desprestijiar la relijion misma, con daño, no tanto del culto, cuanto de la moral.

No debemos ya el tributo de nuestras riquezas a la madre patria; i nuestros puertos han sido declarados abiertos al comercio universal.

Corrientes de inmigracion mas o ménos poderosas, ilustran nuestros cerebros i cultivan nuestros campos.

Se han labrado numerosos caminos; i el mejoramiento de los medios de trasporte ha disminuido considerablemente la dificultad de las comunicaciones.

Han tomado algun vuelo las industrias i el comercio.

El conjunto de estos progresos ha hecho mejorar, sin duda, la sociabilidad jeneral.

Con esa fuerza incontrastable de la naturaleza que tiende a la horizontal en las aguas i al órden en las sociedades, nuestros paises van entrando en la normalidad, van haciéndose paises. Si uno toma en cuenta los antecedentes coloniales, la diversidad de las razas, las ignorancias i errores, los caudillajes isupersticiones, las grandes distancias, los anchos rios, las altas cordilleras, i, en jeneral, cuantos obstáculos se han opuesto a la realizacion de nuestro progreso, casi se admira de que hayamos progresado tanto.

La civilizacion es como el aire i como la luz: tiende a pe-

netrar por doquiera.

¡Cuánto queda, sin embargo, por hacer!

Hai todavía grandes masas a oscuras. La primera enseñanza deja aún de realizar, a lo ménos, las nueve décimas

partes de su labor civilizadora.

Si la ignorancia facilita la maldad i el vicio, que no sólo perjudican o arriesgan al malo o vicioso, sino que comprometen la tranquilidad i el progreso públicos, no habiendo de recho al mal propio, ni mucho ménos al ajeno, porque el derecho es una fuerza moral, síguese la consecuencia precisa de que el Estado puede suministrar compulsivamente a los ciudadanos la instruccion necesaria.

Los sacrificios que ella exija no lo parecerán cuando em-

piecen a percibirse sus ópimos frutos.

La siembra de las ideas es como la de que hablaba el maestro evanjélico: rinde ciento por uno.

Quien, con un pretesto u otro, se oponga a ella obedece a

una razon bastarda, i es un enemigo social.

El fertilizador cultivo de las ciencias i de las artes está en sus principios: hai que impulsarlo por cuantos medios estén a el alcance de las autoridades i de los hombres de buena voluntad.

Todavía, el ejercicio de nuestras tituladas instituciones democráticas es en gran parte una farsa escandalosa, con que procuramos o no procuramos engañarnos a nosotros mismos.

El gobierno del pueblo por el pueblo es casi un mito, i la razon es obvia: el pueblo sabe apénas lo que es el gobierno.

En estos paises, las llamadas elecciones populares han sido o son todavía hechas, en todo o en parte, por las autoridades administrativas; de donde es que los distintos poderes, incluso el lejislativo, se hayan jenerado o se jeneren, total o parcialmente, en ellas. Concedido legalmente, por otra parte, el derecho de sufrajio a muchos supuestos electores que carecen de la ciencia i conciencia necesarias para elejir, la parte respectiva del titulado organismo electoral se paraliza, i se hace, por consiguiente, inerte i corruptible al influjo de las autoridades civiles o relijiosas, de los dueños de fundos o fábricas, o del oro de los candidatos o sus partidos.

No cabiendo prácticamente restrinjir el sufrajio, ni evitar esos abusos, no queda mas que vivificar la parte inerte i corruptible del organismo electoral, mediante la educacion del

pueblo.

Hai que estirpar los resabios de la intolerancia relijiosa; que incorporar la libertad de cultos en nuestras respectivas cartas fundamentales, i que continuar propendiendo incesantemente a la secularización completa de nuestras instituciones.

Dadas la emancipacion del pensamiento i la diversidad de las creencias, sólo por aquellos medios puede proveerse eficazmente a la inviolabilidad relijiosa, i al necesario prestijio de la relijion i de sus ministros.

No confundo la teocracia con la relijion. Bastaria el hecho sociolójico de la existencia de las relijiones, para convencerme de su necesidad.

Cada relijion tiene por nervio alguna moral, mas o ménos perfecta, i la relijion cristiana tiene por nervio una moral sublime que, al traves de los eclipses de la historia i de las catástrofes sociales, ha realizado una labor civilizadora incalculable i trascendental a los futuros tiempos.

En cuanto las relijiones sean vehículos de la moral, en cuanto no obsten a la tolerancia, que es una de las formas sociales del amor evanjélico, en cuanto tiendan a hacer la paz en las sociedades, merecen i deben ser prestijiadas i favorecidas por la opinion i los poderes públicos.

Allí donde, sin odiosos privilejios, respiran las relijiones el aire tonificante de la libertad i del derecho comun, allí prosperan, i realizan satisfactoriamente los fines de su institucion.

Las comunicaciones de nuestros paises dentro de sus respectivos territorios, entre sí, i con los demas paises del mundo civilizado, dejan todavía mucho que desear. El progreso de esas comunicaciones será aporte de luz, circulacion de sangre, jérmen de amor i mejoramiento de vida.

Ayudadas por las ciencias i por las artes, utilizarán las industrias nuestras grandes fuerzas, i aprovecharán nuestros enormes recursos naturales, en el sentido de satisfacer las necesidades i comodidades de la vida, de aumentar nuestros capitales, i de proveer al intercambio de nuestros productos con los estranjeros.

Pero, sobre todo, hai que levantar el nivel moral, particular i público, que está abatido.

La malicia esplota o arrastra a la ignorancia i a la flaqueza, bajo el nombre de la honrada intencion, i aun de la santidad del patriotismo.

Supedita i apaga la voz de los maestros el alarido de intereses o de pasiones injustas.

Sin perjuicio de buscar la moral en sí misma, enseñándola en el hogar i difundiéndola desde la cátedra i la prensa, aprovechemos, en cuanto sea dable, la influencia moralizadora de las relijiones, i eduquemos, en jeneral, para moralizar.

I en esta confusa edad de civilizacion, pero de incertidumbres, en que parece perdido, sin que lo esté, el rumbo que ha de conducirnos a las grandes soluciones de lo porvenir, velemos sobre el puente de nuestro barco, fija la vista en la niebla del horizonte, en la conciencia consoladora de que, detras de esa niebla, hai una estrella fulgurante de esperanza.

Santiago de Chile, a 21 de junio de 1898.



ALGUNOS ANTECEDENTES SOBRE EL DESARROLLO INTELECTUAL

DE LOS

ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA, COMPARADO CON EL DE LOS PAISES HISPANO-AMERICANOS

(Discurso leido en el Ateneo de Santiago el 23 de Octubre de 1899.)

SEÑORES:

Tienen apénas los Estados Unidos cuatro siglos de existencia, i poco mas de un siglo de vida independiente; plazos brevísimos para la vida de las naciones.

Son tan numerosas, sin embargo, i tan propicias las circunstancias que los favorecen, que su desarrollo va rápido, tan rápido i majestuoso que no hai en el tiempo i en el espacio que conocemos, ejemplo alguno de tales rapidez i majestad.

Imajínese el poder espansivo de un pueblo que, en poco mas de treinta años, no sólo ha levantado a Chicago de sus cenizas, sino que ha hecho de ella una de las primeras ciudades del mundo, con cerca de millon i medio de habitantes; que ha formado a las orillas del rio Hudson, la aglomeracion jigantesca de Nueva York, Nueva Jersey i Brooklyn, con mas de tres millones de habitantes, poblacion con mucho superior a la de Paris, i sólo inferior a la de Lóndres; que, habiendo alcanzado, en conjunto, a cuatro millones de habitantes al empezar el siglo, camina rápidamente a un centenar de millones al terminarlo; que posee la red de ferrocarriles mas importante del mundo entero, i que esplora, cultiva, edifica i enseña con incansable actividad en un territorio mas vasto que la Europa toda, exceptuando la Rusia, territorio que permanece, en partes considerables, vírjen todavía, i pobla-

do apénas por los restos de sus tribus indíjenas i de sus animales salvaies.

¿Hai razones naturales para que el pueblo norte-americano no haya de alcanzar, en punto a desarrollo intelectual i moral, científico i artístico, el progreso que alcanzan hoi otros pueblos de la tierra?

Ni las circunstancias de las razas que han contribuido i están contribuyendo a formar su colectividad, ni su posicion jeográfica, ni las circunstancias de su suelo, de sus latitudes i de sus climas, de su fauna i de su flora, ni sus antecedentes históricos, ni las condiciones de su vivir actual, parecen inducir, en manera alguna, semejante consecuencia.

La raza anglo sajona, que principalmente ha servido de base étnica al pueblo norte-americano, sin perjuicio del prevalecimiento de su espíritu práctico, que la libra de peligrosos estravíos, rinde en la actualidad i ha venido rindiendo, desde hace ya siglos, en la Inglaterra, frutos opimos de saber, de virtud i de esperiencia.

La singularidad i pureza de la misma raza se encuentran modificadas en los Estados Unidos, no sólo por otros elementos sajones de cualidades similares, sino tambien por considerables elementos latinos, especialmente francèses, italianos i españoles, que han influido, i aun informado poderosamente el carácter del pueblo de los Estados Unidos, reflejando, por ejemplo, en los actuales pobladores de los territorios americanos que fueron un tiempo colonias españolas i francesas mucho del brillo de la mirada, del fuego de los sentimientos, de la abundancia de la palabra, i hasta del color de la tez i del cabello de las razas fundadoras.

Considerando las cosas en conjunto, relativamente al desarrollo de la civilizacion universal, i no sólo en órden a este tiempo, sino al tiempo futuro, la posicion jeográfica de la vasta zona que ocupan los Estados Unidos es, sin duda, la mas favorecida i, por decirlo así, la mas central, absorbente i radiante del mundo entero.

Entre los dos océanos que confinan por el occidente i por el oriente el mundo antiguo, limita por el norte con las rejiones ya fríjidas del Canadá i, por el sur, con las rejiones ya cálidas de Méjico.

Ocupando casi totalmente la ancha rejion incluida entre

los paralelos 50 i 30, ocupan, por consiguiente, las mismas latitudes de la Francia, de la España, de toda la parte central de la Europa, i aun de toda la parte setentrional del Africa, incluyendo Marruecos, la Arjelia, Trípoli i el Ejipto.

I puede conjeturarse que las condiciones físicas i morales de los mismos norte-americanos de oríjen esclusivamente sajon, se hayan modificado o se modifiquen al imperio de latitudes mas templadas i aun cálidas, i al frecuente i diario roce de conciudadanos de sangre i oríjenes diversos.

Las circunstancias del suelo de los Estados Unidos no han de constituir una razon desfavorable al desarrollo espiritual de sus habitantes.

Todo es allí grande, e invita, por lo tanto, a magnificar el espíritu.

Fuera de los océanos circundantes i del Golfo de Méjico, que colorean de un azul profundo los cielos tropicales, hai allí lagos que son verdaderos mares mediterráneos, llanuras inmensas, grandes bosques, altas montañas i caudalosos rios que se prestan maravillosamente a los fines prácticos de la irrigacion i navegacion, fomentando así la industria, el comercio i el progreso en todas las líneas.

Encierran los Estados Unidos, en materia de fauna i de flora, el mayor número de las producciones del globo, incluyendo la casi totalidad de las producciones de la zona templada, muchas de las producciones de las zonas frias, i no pocas de las producciones de las zonas ardientes.

La vejetacion austera que corona la sublimidad del Niágara no se parece a la vejetacion exhuberante, risueña, de la Luisiana i de la Florida, por ejemplo, en que descuella la jentileza de la palmera i ostenta sus frutos esquisitos el banano.

Sin apelar a las producciones de tierras ajenas, reciben a diario las grandes ciudades del noreste colmenas infatigables de trabajo humano, los productos mas preciados de las varias zonas, las frutas de California, las flores de los trópicos.

I en las robustas entrañas de aquella jenerosa tierra, yacen las fuentes de petróleo, las capas estratificadas de carbon vejetal i las vetas brillantes de los minerales de distintos colores, elementos de industria i signos de riqueza que el norte-americano viril va a sorprender i a arrancar a la madre tierra, a veces a costa de los mas arduos trabajos i de las mas rigurosos penalidades.

I en aquel escenario vastísimo de tierras, montañas, lagos, rios i vejetaciones varias, figuran con frecuencia paisajes pintorescos e imponentes, escenas naturales que deleitan los ojos, que elevan el espíritu i que contribuirán, a no dudarlo, a formar el alma inspirada de los futuros artistas norte-americanos.

La condicion relativamente distinguida de los primitivos pobladores de Nueva Inglaterra, núcleo de la poblacion norte-americana; la libertad relijiosa de que siempre aquel pais ha gozado; el réjimen económico mas racional, con respecto a nuestros paises, que en él se implantó, hasta que exijencias indiscretas de la corona de Inglaterra hicieron necesaria la campaña de la emancipacion, lucha heróica dirijida por la prudencia, el valor i la virtud de un Washington, i coronada por el triunfo i los beneficios de la libertad; una vida independiente que, aunque no excenta de las flaquezas inseparables a la condicion humana i a un período embrionario de formacion i desenvolvimiento, ofrece el ejemplo, único en la historia, de un pueblo que, con su propio esfuerzo, alcanza en tan breve tiempo tales prosperidad i grandeza, de una organizacion social casi excenta de preocupaciones i banalidades, i de una organizacion política que consulta la libertad de cada estado dentro de la nacion, i la libertad de cada individuo dentro de cada estado; el goce de una paz interna sólo perturbada por una guerra titánica hecha en pró del fuero mas imprescriptible de la conciencia humana, cual es, la libertad del hombre respecto del hombre mismo, conquista consagrada por la efusion de la sangre de un ilustre presidente-mártir; el goce de una casi no interrumpida paz esterna, que ha favorecido la dedicacion de la mayor parte de las enerjías nacionales a la realizacion mas completa de la vida individual i colectiva i, por lo tanto, del ideal republicano i del engrandecimiento nacional, no son ciertamente causas que, por su accion i su recuerdo, hayan de influir desfavorablemente en la formacion del criterio, del corazon i del carácter del pueblo de los Estados Unidos.

Ese mismo enorme, ántes inaudito, progreso material, con que espíritus superficiales o prevenidos le motejan, le ha

producido i le produce el bienestar físico que trae consigo la amplia satisfaccion de las necesidades de nuestro organismo corporal; base, a juicio de algunos, prosáica, i prosáica, si se quiere, pero indispensable, de todos los demas desarrollos i perfeccionamientos, inclusive de los que se estiman mas puros i elevados, de que es susceptible la personalidad del hombre.

El dinero, que los individuos i los pueblos pobres i soñadores finjen mas que sienten de ordinario desdeñar, no sirve sólo al abastecimiento de los depósitos o almacenes de provisiones de distintos jéneros, sino que permite i facilita las tareas educacionales en todas las líneas, da márjen a la lectura, al estudio i al raciocinio i, por su accion refleja, pero inequívoca, tranquiliza i levanta los ánimos i los corazones.

El pueblo norte-americano ha venido ocupándose principalmente, por el instinto de la necesidad, por la fuerza de la naturaleza, en su desenvolvimiento físico, en la efectiva apropiacion de su suelo, en la formacion de su riqueza, ya inmensa, pero no comparable, por cierto, a su fabulosa riqueza futura; i éstas son tareas previas a los refinamientos, a las delicadezas de la civilizacion completa.

Ese instinto de la necesidad, esa fuerza de la naturaleza, les han impuesto, jeneralmente, normas correlativas de pensamiento i de accion.

Sesudo i práctico el pueblo norte-americano ha atendido principalmente a mantener el imperio de las instituciones, a conservar la paz, a facilitar el trabajo, a aumentar la fortuna, i a favorecer, con un empuje decidido i perseverante, la educación popular, pero, sobre todo, la educación popular en su primer grado, la que pudiera llamarse, por excelencia, la educación del pueblo.

No es que en los Estados Unidos se haya descuidado, ni mucho ménos, la enseñanza secundaria ni la superior, sino que se les ha atribuido una importancia respectivamente secundaria e inferior.

Léjos de ser ello absurdo, es lójico: los grados mas elevados de la instruccion, aunque relativos a conocimientos superiores, i por esto mismo, se refieren a conocimientos ménos necesarios, i sólo pueden ser alcanzados por números i números sucesivamente inferiores de los individuos de una colectividad.

⁴ DES. HIS.

No hai pais alguno en el mundo, sin escluir la Inglaterra ni la Alemania, i así lo demuestran los números irrebatibles de estadísticas bien llevadas, en que se dedique mayor atencion a la enseñanza primaria que en los Estados Unidos.

Ésta es allí de verdad la ocupacion preferente de los pensadores, de los estadistas, de las instituciones públicas i de un gran número de individuos particulares i de instituciones privadas.

La escuela, en que se arroja al surco del porvenir, el jérmen de la ciencia, de la moral i del progreso; la escuela, en que se cantan las alabanzas de los sentimientos i de los actos patrióticos i humanitarios; la escuela, que es la piedra angular en el pedestal de la grandeza de los pueblos, la escuela es allí, no sólo la ocupacion preferente, sino el mas lejítimo blason de orgullo de los hombres de gobierno i de los buenos ciudadanos.

No abundan en los Estados Unidos los sabios ni los literatos, ni los artistas, ni siguiera es comun que sus profesionales, abogados, médicos, injenieros, etc., alcancen el grado de distincion intelectual i de progreso científico que alcanzan en otras partes, inclusive, aunque esto parezca estraño, nuestros atrasados paises hispano-americanos; pero, en cambio, hai allí un pueblo inmenso, si no en su totalidad, en su mayor parte, va instruido i educado en los primeros rudimentos de la ciencia i de la moral, que ejercita sus derechos i cumple sus deberes cívicos, con conocimiento i conciencia de lo que hace, realizando así en la práctica el espíritu de las instituciones democráticas; un pueblo que tiene en soberbio honor al trabajo, que cultiva i dignifica; una juventud que se aprovecha en labores útiles i reproductivas, desde los dieziseis o diezisiete años para adelante, i que llega a la madurez en posesion de medios que aseguran para la mayor i mejor parte de la vida el goce del bienestar mas amplio i del desenvolvimiento mas completo de las facultades del individuo.

Cuando el paso rápido que los Estados Unidos llevan por la vía de su engrandecimiento, les haya conducido a terminar la ocupacion de su territorio, a aprovechar la mayor parte de sus recursos naturales, a formar definitivamente su raza, a esparcir de tal manera la enseñanza primaria, que no quede niño sin libro, ni alma sin luz, a formar reservas de riqueza adquirida que guarden proporcion con su territorio i con sus habitantes, será el tiempo en que se desarrollen en todo su vigor i esplendidez los demas elementos de su cultura.

No es preciso hacer un esfuerzo de fantasía para imajinarse cuánto podrá entónces dar de sí el injenio norte-americano en el fecundo i ennoblecedor cultivo de las ciencias, de las letras i de las artes.

Mancomunándose entónces estrecha i armoniosamente el progreso material con los progresos intelectual i moral, ofrecerán al mundo el magnífico espectáculo de un pueblo, cual pocos, talvez cual ninguno, grande i poderoso, en que la vida individual i social se acerque al máximum de su potencia i bienestar; el magnífico espectáculo de una moderna, con mucho mas vasta, i ya mas civilizada Inglaterra, sin haber estado jamas sujeta al laborioso i lento, a las veces bárbaro, proceso de la civilizacion inglesa, con mas juventud con mas recursos, con mas porvenir que la misma Inglaterra.

Cuando al impulso de sus propias fuerzas naturales, cada estado de la Union Americana no sea como es hoi, una colectividad incipiente, aunque de ordinario mas poblada i próspera que la jeneralidad de los paises hispano-americanos, sino una colectividad ya formada, i en pleno goce de las aptitudes de su organismo funcional, los Estados Unidos, aun sin salir de sus límites actuales, constituirán de verdad un grande imperio, formado por la aglomeracion de numerosas i considerables repúblicas casi del todo independientes, imperio compacto, i bajo muchos aspectos homojéneo, al cual no será fácil encontrar parangones en la historia de la humanidad entera.

Lo dicho sobre el período de formacion, por decirlo así, anatómica, en que se encuentran los Estados Unidos, manifiesta que, prescindiendo de circunstancias accidentales i esteriores, no ha llegado todavía para ese pais el momento de la positiva trascendencia internacional desde el punto de vista de la espansion política, i mui especialmente de la accion militar.

Acontecimientos históricos, que seria interesante pero no oportuno recordar aquí, hicieron prácticamente inevitable la injerencia armada de los Estados Unidos en la cuestion de Cuba, sujeta aún, en cuanto a sus últimos resultados, al fallo de los acontecimientos; i esa injerencia hubo de comportarles la enojosa cuestion de las Filipinas, hoi en un período de pleno desenvolvimiento.

Sin pronunciarme sobre estos particulares, observaré tan sólo que la opinion ilustrada de los Estados Unidos, que necesitó ser precipitada a la guerra con España, a pesar de la proximidad i de las íntimas conexiones de Cuba i de los Estados Unidos, acepta de malas ganas i sólo como un mal, talvez necesario o, a lo ménos, difícilmente evitable, esa pequeña i oscura, pero ardua lucha con un mísero pueblo lejano, casi de los antípodas, no exhausto todavía de combatir por el logro de una independencia absoluta que hicieron ambicionable los errores i torpezas, nunca suficientemente lamentados, del despotismo i del fanatismo españoles.

El encadenamiento de los sucesos, influido acaso por paralojismos, culpas o ambiciones humanas, ha llevado a este respecto a los Estados Unidos mas allá de lo que, en su situacion, les habria convenido, i mas allá de lo que ellos, tranquilamente, previendo las cosas, habrian deseado ir.

Lo espuesto no importa ciertamente negar a los Estados Unidos el derecho que se tienen lejítimamente ganado, como un gran pueblo, aunque incipiente, para figurar en el concierto internacional, i para influir en el equilibrio político de las naciones poderosas.

A cuanto hayan de estenderse en lo futuro esta figuracion i este influjo, i en que términos haya de producirse, si se produce, la espansion política i la accion militar de los Estados Unidos, puede conjeturarse en bloque, pero seria aventurado tratar de determinarlo con precision.

Puede sólo avanzarse que dichas figuracion e influjo serán las que, en la dinámica de los estados les corresponda ejercer, i que, dadas las condiciones i el probable porvenir de ese pueblo, las mismas figuracion e influjo no serán, de ordinario, ejercidas en desmedro o retroceso de los bien entendidos intereses de la humanidad.

¡Cuánto dista, en jeneral la América española, en órden a sus ocupaciones preferidas i a los resultados de su accion, del ideal de la naturaleza i del progreso!

Favorecida excepcionalmente la República Arjentina por

su posicion jeográfica, por su clima, i por los productos de su suelo, i aleccionada por las esperiencias de su historia, pa rece propender en la actualidad al ejercicio racional de sus enerjías, en el sentido de su desenvolvimiento material, llamado indudablemente a un desarrollo maravilloso en los futuros tiempos.

Pero en la jeneralidad de los demas paises hispano-americanos, ¡cuán lento, ¡cuán tardío, ¡cuán incierto ese desarrollo!

Los medios que era i es necesario emplear, no han sido empleados, sino en proporcion relativamente insignificante, i los obstáculos que era i es necesario vencer no han sido vencidos sino tambien en proporcion relativamente insignificante.

¡Cómo que entorpeciera los miembros de nuestras jóvenes nacionalidades mucho de la profunda torpeza del sueño colonial! Nos esperezamos apénas a la luz del porvenir.

Lo que primero correspondia hacer, esto es, dar facilidades a las comunicaciones, apénas ha sido hecho: la savia vivificadora de la civilizacion, circulando lentamente en estas estremidades del organismo universal, las baña tambien i vivifica apénas, con ritmo espaciado i poco vibrante, con vigor escaso.

El progreso necesita, ante todo, vías: sin ellas no puede marchar.

Miéntras mas rápidas i fáciles, mas eficiente i triunfal será su carrera.

He insinuado que la alta cultura del espíritu no carece en nuestros paises de representantes numerosos i caracterizados; i esto ocurre algun tanto en el concepto científico, i mucho mas en el concepto literario.

Al hablar del concepto científico, me refiero especialmente a aquellas ciencias que contribuyen a formar a los hombres de profesion, por desgracia excesivamente numerosos en nuestros paises.

No hace mucho que en Santiago de Chile, recibian simultáneamente sus diplomas de licenciados en leyes ochenta jóvenes.

Es bastante jeneral asimismo la cultura simplemente literaria, no tanto en la República Arjentina i Chile, paises de

naturaleza e imajinacion ménos ardientes, cuanto en los de-

mas paises hispano-americanos.

Léjos de mí la idea de escarnecer, de deprimir siquiera, las facultades i ejercicios simplemente literarios; pero se me permitirá observar que la bella literatura, por sí sola, sin el avío de la verdadera ciencia, sin el nervio del concepto fundamental i razonado, es, a lo sumo buena, i, siéndolo mucho, para una que otra vez, i en dósis moderadas.

A medida que los horizontes intelectuales del mundo se agrandan, a medida que la ciencia ahonda en los senos de la verdad, mas necesario e indispensable va siendo el trascen-

dentalismo en las producciones del injenio humano.

La época no es de contemplaciones: es de lucha por la ver-

dad, es de anhelo por el progreso.

Lejos está, en jeneral de satisfacer el grado de cultura relativamente superior que los paises hispano-americanos alcanzan en cuanto a las ciencias profesionales, i en cuanto al arte literario, porque no se ha dedicado una atencion correlativa ni suficiente al desarrollo de las demas ciencias de aplicacion práctica, en el punto de vista industrial i, sobre todo, al desarrollo de la instruccion primaria, que debiera ser 'el pan nuestro de cada dia,' que repartiéramos, sin esclusiones, a las muchedumbres de nuestros paises, como la buena nueva de la ciencia, de la justicia i de la paz, a que nuestros pueblos tienen derecho, i que tenemos el deber de suministrarles.

Simultáneamente con dar facilidades a las comunicaciones, la instruccion práctica i, sobre todo, la instruccion primaria, contribuirán a hacer de nuestros pueblos, pueblos conscientes, pueblos ricos i, en cuanto sea posible, pueblos felices.

Debo agregar: "pueblos libres;" porque no hai libertad bajo la tiranía de la ignorancia, que esplotan las viles pasiones, adentro, i los viles usurpadores, afuera, porque la libertad es cosa de esencia sagrada que no reside en la letra de las instituciones, sino en el corazon del pueblo, i en el ambiente de la sociedad.

En nuestra incipiencia, lo que mas nos importa es difundir, nó perfeccionar, llevando, por decirlo así, el movimiento de la vida sociolójica a todos los miembros de nuestros organismos nacionales. Encendamos para ello la luz de las escuelas, i abramos las arterias de los caminos.

Cultivemos tambien el patriotismo, dentro del mas elevado concepto humanitario, sin fomentar las vanidades nacionales, que perturban el criterio, que estorban el progreso, i se esponen a no realizar el ideal de la justicia.

Enriqueciéndonos i educándonos, bajo principios severos de moralidad i buen gobierno, imitando lo que es digno de imitarse, i respetando lo respetable, seremos fuertes, felices i buenos, aun ántes de ser grandes.

Santiago, de Chile, a 22 de Octubre de 1899.



DISCURSO MORAL.

(Leido en el Ateneo de Santiago el 27 de Noviembre de 1899.)

Señores:

Ha habido dos tendencias diversas i opuestas en cuanto a la mejor manera de entender i de emplear la vida.

La una, la tendencia al placer, tiene un objeto puramente temporal, supone que la vida se nos ha dado para gozar, i responde, por lo pronto, a lo ménos, a las aspiraciones del hombre, siempre sediento de felicidad.

La otra, la tendencia al dolor, tiene un objeto puramente espiritual, supone que la vida se nos ha dado para sufrir, i, sin responder, por lo pronto, a las aspiraciones del hombre, consulta sus esperanzas de eterna felicidad.

A la primera tendencia pertenecen las escuelas epicúreas; a la segunda, las escuelas ascéticas.

Aunque la tendencia epicúrea propiamente dicha se refiere al placer en todas las líneas, o sea, al placer físico, al intelectual i al moral, el desarrollo de esta tendencia se ha operado jeneral i principalmente en el sentido del placer físico.

Las escuelas epicúreas son, en jeneral, escuelas materialistas; i las escuelas ascéticas son siempre escuelas espiri tualistas.

En grados distintos de desenvolvimiento, i con modificaciones varias, estas tendencias han ido prevaleciendo sucesivamente, i con alternativas curiosas, en la historia de la humanidad.

La austeridad i sencillez de las costumbres primitivas produjeron en el pueblo romano las mas estupendas enerjías físicas i morales, i trajeron como consecuencia la supeditación de casi todo el mundo entónces conocido a las altivas i triunfadoras águilas republicanas.

Pero, desde que las enerjías de los conquistadores empezaron a carecer de objeto, desde que los elementos i riquezas de las naciones conquistadas empezaron a concentrar sus esplendores en la Roma de los Césares, el grande espíritu que habia determinado la gloria de la República, fué convirtiéndose principalmente a la satisfaccion de las comodidades i al goce de los placeres de la vida.

Realizóse así la decadencia del imperio romano, decadencia que, en su marcha progresiva, nada ni nadie fué bastante a detener, i de cuyas vergüenzas i escándalos están llenas las historias.

Eran los tiempos en que los señores romanos comian acostados, i se levantaban sólo para vomitar artificialmente, i comer de nuevo.

Eran los tiempos en que las muchedumbres envilecidas distraian sus ocios en las termas vastísimas, monumentales de la gran ciudad.

Eran los tiempos en que el Senado romano, aquella antigua asamblea de reyes, discutia gravemente sobre la salsa con que habia de condimentarse el pescado de la mesa augusta.

Eran los tiempos en que un emperador nombraba cónsul

a su caballo.

. Eran los tiempos en que los supremos majistrados, en vez de dar trabajo i libertad al pueblo, cuidaban sólo de dar-le pan i circo.

La Roma de Cincinato habíase convertido en la Roma de Vitelio.

¿ Era ésta la satisfaccion de la naturaleza?

¿Era éste siquiera el triunfo del placer bien entendido? Nó, por cierto.

Era la apoteósis del placer, pero del placer por el placer, del placer ilejítimo, cuyos estravíos conducen al debilitamiento, a la enfermedad i a la muerte prematura, a la vergüenza i a la ruina de los individuos i de los estados.

Esa apoteósis del placer hizo, entre otras causas, necesa rio el advenimiento de una nueva moral, que, incorporada en el espíritu del cristianismo, lució, con fulgores de cándida aurora, sobre la honda i crapulosa noche de los siglos imperiales

Estableció la nueva doctrina, la subordinacion del cuerpo

al espíritu, el desasimiento de los bienes temporales, i la necesidad de la perpetua referencia de todos nuestros actos a una vida futura, mejor para los buenos i peor para los malos que la vida terrena.

"Por lo tanto os digo: No os congojeis por vuestra vida que habeis de comer o que habeis de beber, ni por vuestro cuerpo que habeis de vestir: ¿no es la vida mas que el alimento, ni el cuerpo mas que el vestido? (San Mateo, capítulo 6, versículo 25).

"Porque los jentiles buscan todas estas cosas, que vuestro Padre celestial sabe que de todas estas cosas habeis menester.

"Mas buscad primeramente el reino de Dios i su justicia, i todas estas cosas os serán añadidas.

"Así que no os congojeis por el dia de mañana; que el dia de mañana traerá su fatiga: basta al dia su afan (versículos 32, 33 i 34 del mismo capítulo).

"No os hagais tesoros en la tierra donde la polilla i el orin corrompen, i donde ladrones minan i hurtan.

"Mas haceos tesoros en el cielo donde ni polilla ni orin corrompen, i donde ladrones no minan ni hurtan" (versículos 19 i 20 del mismo capítulo).

Estos versículos, a modos de aforismos lapidarios, destinados a inscrustarse en el espíritu de las jeneraciones, debian realizar, en forma gráfica i profunda, acaso algun tanto hiperbólica, el compendio de la nueva doctrina a este respecto.

Siendo necesario imprimir un nuevo rumbo, rumbo hácia arriba, al espíritu humano, entónces jeneralmente abatido, fué necesario imprimirlo con una fuerza tal que efectivamente produjese la reaccion que se buscaba.

Sea por el hiperbolismo de esas fórmulas, entregadas al criterio no siempre discreto de las muchedumbres, sea por la fuerza natural excesiva que acompaña ordinariamente a las reacciones de todo órden, con el prevalecimiento definitivo del cristianismo, la supeditacion del cuerpo por el espíritu, el desasimiento de los bienes temporales i la contemplacion de la vida futura, fueron llevados hasta estremos que no guardaban armonía ni con la naturaleza humana, ni con el bienestar del individuo, ni con el prógreso de las sociedades.

Hubo un hecho trascendental que agravó este daño.

Las repetidas invasiones de los bárbaros en la Europa central i meridional, si es cierto que cooperaron a la civilizacion i al cristianismo, concluyendo con rejímenes políticos i sociales ya caducos, e infundiendo sangre rica, salvaje, pero vírjen, en las venas de la humanidad latina, no lo es ménos que destrozaron la mayor parte de los monumentos materiales e intelectuales del mundo antiguo, cubriendo sus destrozos con el espeso i sombrío velo de la barbarie i del olvido.

I cuando los bárbaros conquistadores fueron, a su turno, conquistados por el espíritu cristiano, no há mucho surjido sobre las tinieblas de la corrupcion imperial, aparecieron sobre el escenario del revuelto mundo, influyéndose recíprocamente, la barbarie i el cristianismo.

Caia sobre la mísera humanidad el crepúsculo de una nueva i profunda noche: la noche de los siglos medios.

Inclinado el cristianismo, por razon de las necesidades que le dieron oríjen, a espiritualizar con exceso el concepto de la vida, habiendo prescindido, como prescindió, de consejos i mandatos que velasen por los fueros del cuerpo i de los intereses materiales; privado de la ciencia, reflejo de la verdad, que ilumina el rumbo de los humanos, i desnaturalizándose i exajerándose aun mas sus principios a este respecto, llegó un punto en que la naturaleza, por razon de neglijencia o por pretesto de virtud, fué descuidada o violentada hasta los estremos mas deplorables, i que parecerian hoi mas inverosímiles.

Eran los tiempos de los ayunos i vijilias exajeradas, de los cilicios i de las maceraciones crueles; suertes de místicos suicidios, disfrazados de virtud heróica i conducentes a acelerar el advenimiento de la vida eterna.

Eran los tiempos en que los ascetas oraban de pié, dias enteros bajo los rayos abrasadores del sol canicular.

Eran los tiempos en que los penitentes hacian largos viajes, de rodillas, por terrenos ásperos, para cumplir algun voto, hasta caer exámines.

Eran los tiempos en que, desconociéndose la ropa interior, las prendas del vestir, adheridas al cuerpo, permanecian sin ser lavadas años enteros.

Eran los tiempos en que las mujeres no se bañaban en su vida, por pudor.

Eran los tiempos en que la voraz oscuridad de los claustros atraia innumerables seres humanos, nacidos en el designio de la naturaleza para una vida fecunda i jenerosa.

Eran los tiempos en que el miedo al fin del mundo inducia los pueblos al abandono completo de sus labores por años enteros, con todas las profundas perturbaciones que fueron su consecuencia

Las mortificaciones artificiales del cuerpo eran ya un obstáculo a los goces del espíritu.

Prevaleciendo jeneralmente el sistema de no cultivar el entendimiento, hasta el estremo de que, en alguno de los primeros siglos del cristianismo, habia apénas trescientas personas en la Europa que supiesen firmarse, dejáronse por este lado de esperimentar muchos de los mas intensos i mejores placeres intelectuales.

Perturbadas i oscurecidas por el dolor, por la ignorancia i por la supersticion, las nociones morales, los placeres de esta especie hubieron correlativamente de desnaturalizarse, i de ser, en gran parte, nó los jenuinos placeres morales, sino los imajinarios i morbosos placeres, adjuntos a la abstracción mística, al exceso de las prácticas del culto, a las observancias rigurosas de la vida penitente.

La humanidad fijaba sus ojos, con espresion de suprema esperanza, en la sublime i trájica figura del glorioso crucificado.

La aureola que circundaba la corona de espinas era como la promesa del cielo para despues de las penalidades de la vida.

La intervencion directa de la providencia particular, que las muchedumbres se forjaban, en todos los negocios de la tierra, abatia las iniciativas del humano intelecto, paralizaba u oprimia la accion de la voluntad, i entregaba los hombres i los pueblos a una especie de fatalismo místico contemplativo.

¿ Era ésta la satisfaccion de la naturaleza?

¿Era éste el triunfo del espíritu?

¿ Podía ser ésta la voluntad de Dios?

Nó, por cierto.

Era la apoteósis del dolor, nó de aquel dolor inevitable, lote de nuestra miseria, sino del dolor comportado, volunta ria e inconscientemente, contra naturaleza, por las acciones u omisiones humanas.

La naturaleza, que no permite que se la engañe, ni que se violen sus eternas leyes, ni que se frustren sus designios providenciales, tomaba la revancha, i las epidemias mas odiosas, i las preocupaciones mas viles, estas epidemias del espíritu, hacian sus estragos en las sociedades humanas.

Faltos los cerebros de conocimientos, atribuian algunas de estas calamidades a inescrutables designios de la providen-

cia, i eran ellas motivo de nuevas supersticiones.

I así, en este círculo vicioso, la ignorancia i el error traian el dolor, i el dolor aumentaba i agravaba las consecuencias de la ignorancia i del error.

Viniendo a dar el criterio del dolor al debilitamiento, a la enfermedad i a la muerte prematura, aseméjase, en cuanto a estos resultados, al criterio del placer mal entendido.

El primero tiende a dar al cuerpo ménos, i el segundo, mas de lo que le corresponde.

Ambos adolecen de exajeracion i, por consiguiente, de falsedad.

La vida, que es obra de Dios, es buena.

La salud, que es el goce completo de la vida, es buena.

I el placer que acompaña al ejercicio de las facultades vitales, i que corona a la salud, es bueno tambien.

Que, en jeneral, no habiendo de por medio otros deberes superiores, el cercenamiento de la vida, la perturbacion de la salud, i el desprecio del placer lejítimo, sean cosas plausibles. es un sacrilejio contra la naturaleza i su autor.

Hai que prolongar la vida cuanto uno pueda.

Hai que atender a la salud, i mejorarla si se desmedra.

Atender i mejorar la salud, es prolongar la vida.

Que el hombre normal está constituido para vivir largos años sobre la tierra, es punto fuera de cuestion.

Los rejistros civiles apuntan, con relativa frecuencia, defunciones ocurridas a los ciento i mas años.

Vemos, sin embargo, que la jeneralidad de los individuos fallece mucho ántes, que son pocos los que llegan a los ochenta años, i que, si uno toma el término medio de la mortalidad, con relacion a las edades, resulta un tanto por ciento desconsolador.

Esto varía segun los distintos paises; pero, aun en aquéllos en que se conocen i aplican mejor las reglas de la moral, incluyendo las de la hijiene, el término medio de la mortalidad fluctúa entre los treinta i los cuarenta años, i coincide, por lo tanto, con aquella época de la vida en que principia la madurez, i se ostenta ya en todo su fuerza i esplendor la personalidad humana.

Puede, por consiguiente, establecerse que el promedio de los hombres fallece cuando recien empieza la vida completa.

Los cementerios, siempre prósperos, se tragan el principio de la virilidad en la especie humana, convirtiendo en una inmensa podredumbre las grandes enerjías de la vida.

¿Hai una contradiccion mas irritante?

¿Concíbese algo mas contrario al plan indudable de la naturaleza?

Se ha observado que, miéntras mas perfecto un organismo, mas lento es su desarrollo; i, conforme con esta lei, el desarrollo del organismo humano, particularmente en el varon, i con respecto a sus distintas facultades, físicas, intelectuales i morales, no se completa sino en edades relativamente avanzadas.

Esta circunstancia hace mas deplorable el prematuro perecimiento de las jeneraciones.

Abatidas esas jeneraciones como frájiles espigas, por los vientos venenosos de la muerte, caen a la tumba, en su mayor parte, al influjo de dolencias lastimosas, pero de ordinario perfectamente evitables o curables.

Esas dolencias, que se llaman enfermedades naturales, para contraponerlas a los actos violentos, o a los casos fortuitos, que suelen a las veces estinguir tambien la personalidad del hombre, son naturales sólo en cuanto la naturaleza las comporta como sancion de nuestras infracciones a sus leyes, pero no son naturales, en cuanto la naturaleza las produzca espontánea i necesariamente.

En este sentido son, de ordinario, a lo ménos, continjentes i artificiales.

Hai varias maneras de derrumbar esta obra prodijiosa que se llama el hombre.

En primer lugar, por el suicidio directo, que es el atentado mas violento contra el órden natural, el abuso mas flagrante de nuestra libertad, i la prueba mas palmaria de nuestro orgullo i de nuestra imprevision.

Quienes llegan a creerlo lícito, confunden la posibilidad

material con la posibilidad moral.

Pero contra el suicidio directo vela sin cesar el poderoso instinto de la conservacion, i, por mucho que propenda a esparcirse, los casos de su ocurrencia resultarán siempre excepcionales.

No pasa lo mismo con lo que llamaré suicidios indirectos. La única muerte verdaderamente natural, es la muerte de vejez, ocasionada por la ruptura de un vaso sanguíneo.

Al término de una desintegracion lenta, de un progresivo, pero no doloroso debilitamiento de las enerjías vitales, al caer la noche del crepúsculo humano, llega sin agonía, como el beso suavísimo de una benéfica fatalidad, a posarse sobre los ojos cansados de la vida, i deja sólo como huella de su paso un cadáver que ya bien poco tiene que devolver a la madre tierra.

La muerte natural es el tránsito necesario, pero imperceptible, al no ser, es el cumplimiento de una lei suprema, que debe operarse tranquila i majestuosamente.

Es triste, porque es el término, pero es bella como la me-

lancolía, i consoladora como el reposo.

Sin embargo, en el mayor número de los casos, la muerte no es natural, es prematura, i tanto ménos natural cuanto mas prematura; la preceden enfermedades casi siempre dolorosas, es ella misma desgarradora, i deja en pos de sí larga serie de impresiones funestas i de lágrimas amargas.

De aquí principalmente la razon del profundo horror que

la muerte i cuanto la concierne, inspira.

Si no se realiza de ordinario la muerte natural, es porque el órden de la naturaleza se contraría lo mas a menudo de múltiples modos i en materias gravísimas.

Ningun ser animado de la creacion lo contraria ni obliga a contrariarlo como el hombre.

Es el sér humano, dotado de razon i de voluntad, dotado de conciencia i capaz de ciencia, el ménos natural en sus procederes i, por lo tanto, bajo de este aspecto, el ménos razonable de los seres de la creacion.

Cuando su razon i su voluntad aciertan, ninguno alcanza

mas arriba; cuando desaciertan, ninguno llega mas abajo.

No destituido el hombre de instintos, mas o ménos fuertes, no son los instintos en su naturaleza causas precisas de determinaciones necesarias, i la mejor prueba de ello es que suele atentar contra sí mismo, en desprecio del mas poderoso instinto.

Las circunstancias en que la vida coloca al hombre, o en que él mismo se coloca, las inspiraciones de su propia razon, i las determinaciones de su propia voluntad, mas o ménos influidas de ordinario por esas circunstancias, restrinjen el campo i disminuyen el poderío de los instintos, i le permiten ejecutar actos innumerables que se apartan, mas o ménos, i a las veces decididamente, del plan de la naturaleza.

Seria difícil exajerar la jeneralidad e importancia de estos deplorables estravíos.

En cuanto esos actos afectan, como de ordinario sucede, al organismo humano, ellos tienen un influjo trascendental a la duración de la vida.

Este influjo puede ser mas o ménos directo o remoto, pero no cabe dudarlo.

Las fuerzas de reaccion de que dispone la naturaleza en los organismos bien constituidos, fuerzas próvidas. durables, elásticas, si me permite la espresion, son de cierto poderosas, pero no son indefinidas, ni son fuerzas que se empleen, sin espensas correlativas de enerjías vitales, sin los inevitables desgastes de los resortes que las mueven i las impulsan.

Miéntras ménos sensibles sean las consecuencias inmediatas de esos estravíos, ménos son de temer en el individuo, pero mas son de temer en la especie.

Ménos pierde una persona, por ejemplo, falleciendo a los diez años de haber empezado a injerirse con cierta frecuencia una sustancia levemente tóxica, que falleciendo al año de haber empezado a injerirse con la misma frecuencia una sustancia diez veces mas nociva.

Pero, conocida las condiciones de ambos, serán muchos ménos los individuos que se aventuren a la injestion de la segunda.

Los actos de consecuencias maléficas remotas son, por dicirlo así, mas insidiosos i constituyen un peligro mas vasto i de un carácter mas permanente, que los actos de consecuencias maléficas próximas.

A esto se agrega que, miéntras mas remotas las consecuencias de un acto, mas difíciles conocerlas i caracterizarlas como tales.

Casi todos los que somos o nos creemos incapaces de atentar directamente contra nuestra vida, no lo somos de atentar indirectamente contra ella con el descuido de las prescripciones hijiénicas.

La inconsciencia, o la conciencia oscura i vaga del daño que, en órden a la prolongacion de la vida, con ese descuido nos hacemos, nos libra del cargo moral horrendo de suicidas directos

Pero el hecho es el mismo: la verdad es que nos matamos poco a poco, mas o ménos rápida i visiblemente, con nuestras acciones u omisiones.

La intencion, la conciencia, no afectan al hecho, en cuanto a su efectividad i resultados.

Somos casi siempre suicidas indirectos, suicidas inconscientes.

Esto dicho, conviene determinar un poco las causas, para señalar los remedios.

Hai causas de un carácter jeneral, que atañen a lo que se llama hijiene pública.

Puede conjeturarse que en las épocas primitivas viviria el hombre, formando, a lo sumo, pequeñas sociedades, en el seno de la grande i feraz naturaleza.

No voi a hacer la apolojía de la vida primitiva: debió de ser, indudablemente, una vida bajo muchos aspectos natural, pero con la naturalidad del salvajismo, consiguiente al escaso desarrollo de las facultades i de la civilizacion, que debia acercarla a la vida de los seres irracionales. No es éste, ciertamente, el ideal de nuestra existencia: a mas altos destinos está llamado el hombre.

Pero no hai duda que, desarrollándose en aquellos remotos tiempos el animal humano en los campos i en las selvas, al aire tonificante i puro i sin ninguna de las anomalías, perturbaciones i neurosismos de la vida de las ciudades, debió acaso de vivir mas libre, mas robusto, mas satisfecho de su vida orgánica; debió acaso de vivir mas largos años sobrela tierra.

Con el trascurso del tiempo, la propagacion de la especie 5 des. HIS.

i el ejercicio del instinto social, debieron los hombres de ir juntándose en colectividades cada dia mayores.

Al imperio de las nuevas circunstancias i de la actividad, siempre fecunda, del intelecto humano, debieron tambien de ir modificándose la rusticidad i sencillez de las costumbres primitivas, al par que se desenvolvian, bajo sus múltiples aspectos, las ventajas i los inconvenientes de la civilizacion.

Construidas las ciudades, i viviendo los hombres en ellas sin sujecion a reglas científicas, las ventajas de las sociedades humanas viéronse a menudo contrarrestadas, como se ven todavía, por las impurezas del aire, del agua i del suelo, i por las impurezas de las costumbres.

Estas depravaciones físicas i morales trajeron por consecuencia catástrofes i ruinas.

Hé aquí cómo la sociabilidad, aunque cosa benéfica en su orijen, ha solido convertirse para el jénero humano en fuente fecunda de dolencias i quebrantos.

Las reacciones propiamente morales, inducidas i favorecidas por las leyes, por las relijiones, i por el influjo al cabo preponderante del sentido comun en esta materia, precedieron por siglos a los principios acentuados i jenerales de las reacciones hijiénicas, sin duda, por que éstos han necesitado un conocimiento científico mas técnico i profundo, de sus res pectivos objetos.

Observaciones hijiénicas se han hecho, i reglas hijiénicas se han dado, desde los tiempos mas remotos; pero sólo en los últimos tiempos, hace apénas como cincuenta años, el grado de adelanto a que llegaron conjuntamente las ciencias naturales i las industrias de aplicacion práctica, en órden a la satisfaccion de las necesidades humanas, permitió empezar a echar las bases de un sistema organizado i amplio, sobre conceptos científicos, de hijiene jeneral i, especialmente, de hijiene pública.

Desde entónces ha comenzado tambien la jenerosa lucha por el ensanchamiento de las vías públicas, por las plantaciones de árboles, por la formacion de parques i jardines, por la buena disposicion i construccion de los edificios i, mui principalmente, por el saneamiento de las aguas i de los suelos, mediante las respectivas obras de agua potable i desagües.

En algunas ciudades de fundacion reciente, se ha llegado

a construir barrios especiales para residencias, separados de los barrios industriales i mercantiles i con mejores condiciones hijiénicas que éstos para la conservacion i desarrollo de la vida humana.

Ya hai paises en que no se echan los cimientos de un nuevo pueblo, sin establecer previamente su sistema de cañerías de agua potable, i su sistema de alcantarillado, sistemas que constituyen, por decirlo así, los conductos interiores, pero no por ese ménos indispensables, por donde se efectúan los servicios vitales del organismo social.

Las estadísticas demuestran que estas mejoras disminuyen, a veces en mas de las dos terceras partes, la mortalidad jeneral, i que disminuyen hasta suprimirlas virtualmente algunas de las enfermedades mas odiosas que aquejan a la humanidad.

El conocimiento i aplicacion de las reglas fundamentales de la hijiene pública, exijen algun esfuerzo, algun sacrificio de tiempo i de dinero; pero este esfuerzo i este sacrificio, como todos los esfuerzos i todos los sacrificios que se emplean sobre bases de verdad para realizar el bien, no sólo valen la pena, no sólo son reproductivos, i rinden, como la cosecha evanjélica, el ciento por uno, sino que se encuentran al fin coronados de esa suave e inefable satisfaccion, de ese intenso placer tranquilo i vivificante que corona de ordinario el cumplimiento de las leyes naturales.

No pertenecen, nó, al órden providencial, en la normalidad de la vida de las sociedades, la lobreguez, la humedad, las putrefacciones o infecciones i las enfermedades i miserias que son sus consecuencias, sino la luz abundante, el aire i el agua puros, el suelo injuto i salubre, la vista hermosa, la mente despejada, i el corazon contento.

La hijiene pública es de mayor importancia que la hijiene privada.

Lo demuestra la mayor jeneralidad de su objeto.

I lo confirma la esperiencia, en cuanto modificadas favorablemente las condiciones de la hijiene pública, i subsistiendo mas o ménos idénticas a sí mismas las condiciones de la hijiene privada, se obtienen los resultados mas considerables, en órden a la disminucion de la morbosidad i de la mortalidad jenerales.

Hai mas aun: por mucho que sea el conocimiento que el individuo tenga de las reglas de la hijiene privada, i por mucha i mui eficaz que sea su voluntad de cumplirlas, de nada suelen valer ese conocimiento i esa voluntad, si el individuo coje sin saberlo, i sin poder evitarlo, el jérmen infeccioso que anda esparcido en el aire, en el agua, en la tierra por obra de la ignorancia, imprevision o desidia sociales.

Cuando un hombre falta a una regla hijiénica respecto de sí mismo, hace mal indudablemente i compromete su vida, su salud, su bienestar, i, cuando mas, la vida, la salud, el bienestar de su futura descendencia o de las personas allegadas a él; pero no compromete sino en forma refleja, indirecta i parcial, los intereses jenerales.

Mas cuando una sociedad falta a una regla de hijiene pública, hace un mal, no sólo particular, sino jeneral, i compromete, violando su deber, contra la naturaleza i la justicia, la vida, la salud, el bienestar, nó de uno o varios, sino de muchos de los individuos que la componen.

Incumbencia hasta hace poco desconocida, por desgracia, pero fundamental, del poder público, es jeneralizar, mediante la enseñanza, las nociones de la hijiene pública i privada.

Es preciso no olvidar en este punto de vista, la necesidad imprescindible de depositar en el cerebro del pueblo los jérmenes luminosos de las grandes ideas que conducen a las grandes reformas.

Hai que aprovechar para esto la edad de la educación sistemática; la edad en que el cerebro, dócil a las influencias que sobre él se ejercen, recibe impresiones profundas e indelebles, trascendentales a toda la vida.

Sin perjuicio de la adquisicion de los demas conocimien tos necesarios o útiles, i con preferencia a tantos otros conocimientos ménos necesarios o útiles, o del todo innecesarios o inútiles, debieran infiltrarse en el espíritu del niño los conocimientos de la hijiene pública i privada, tan concretos, tan interesantes i tan decisivos para la realizacion ulterior del bienestar individual o social.

Estos conocimientos deberian figurar con carácter de obligatorios en los tres grados de la enseñanza, con desarrollos correlativos.

En la enseñanza primaria i en la secundaria, deberia in-

sistirse particularmente en la hijiene privada, i en la primaria, sobre todo, en los inconvenientes del uso de las bebidas alcohólicas.

En la enseñanza superior, deberia insistirse sobre todo en la hijiene pública, para consultar la probabilidad, muchas veces realizada, de que los estudiantes de profesiones liberales ejerzan mas tarde influencia eficaz en el manejo de la cosa pública.

La hijiene pública va de la sociedad al individuo; la hijiene privada, por el contrario, va del individuo a la sociedad.

En cuanto la hijiene privada influye en la salud i costumbres de los individuos, influye tambien en la salud i costumbres públicas.

Con frecuencia hacemos i dejamos de hacer como si nuestro bienestar, nuestra salud i nuestra vida dependieran enteramente de azares fortuitos, i no, como dependen casi siempre, de la sancion favorable de leyes sapientísimas.

Vemos llegar el malestar, la dolencia i la muerte misma, sin arrepentirnos de nuestros desórdenes, acaso sin conocerlos, imputando estos males a crueldades inexorables de la madrastra naturaleza.

I, especialmente, miéntras sentimos en nuestras venas los ardores jenerosos de una juventud que parece eterna, no ponemos de ordinario el menor cuidado en prevenir los yerros hijiénicos i sus ulteriores lastimosas consecuencias.

El goce completo i prolongado de la salud humana supo ne factores que no es fácil concurran, sino en el estado de naturaleza, o mediante precauciones bien ordenadas.

La vida social, que llamamos civilizada, ha ido produciendo un trastorno, contrario a la naturaleza, en las horas de la vijilia i del sueño, con relacion a las horas de la luz i de la sombra.

La vida social, que llamamos civilizada, ha producido tambien deplorables hábitos, en cuanto a sustraernos, casi invariablemente durante el sueño, i con mucha frecuencia durante la vijilia, de la vivificante influencia del aire puro, elemento el mas poderoso, sin duda, de nuestra existencia, i cuya escasez o mala condicion no pueden subsanarse de modo alguno.

La vida social, que llamamos civilizada, nos evita tam-

bien, mas allá de lo justo i necesario, la accion directa de los rayos solares, estos desinfectadores i purificadores por excelencia en el gran laboratorio de la naturaleza.

La vida social, que llamamos civilizada, aumenta, complica i pervierte nuestros alimentos i nuestras bebidas, hasta obligarnos lo mas a menudo a injerirnos tantas i tales sustancias que las molestias i enfermedades mas graves suelen seguirse como resultados lójicos a su injestion.

No hablo sólo de las enfermedades tan comunes entre no sotros al estómago, al hígado i al aparato dijestivo, en jeneral, sino de cuantas proceden del exceso o mala calidad de la alimentacion i bebida, i de la falta en el organismo de las fuerzas eliminadoras competentes para restituirlo a su estado normal.

Enferman i mueren por comer i beber, no sólo los glotones i bebedores declarados, sino innumerables personas de quienes jamas esto se imajina, ni lo imajinan, ellas mismas; i personas, en jeneral, distinguidas i delicadas, que tomarian como un insulto grosero semejante imputacion.

Pudieran contrapesarse algun tanto la sinfluencias deletéreas que acabo de señalar con el ejercicio físico i el aseo personal.

Aumentando i mejorando la circulacion de nuestra sangre, el ejercicio físico es eminentemente desasimilador de las sustancias estrañas nocivas al organismo.

Librando de impurezas la superficie de nuestro cuerpo, el aseo personal facilita estraordinariamente la realización del mismo fenómeno.

Ambos, ejercicio i aseo, están destinados a ser, dentro de ciertos límites, como las válvulas de seguridad de nuestros excesos en la comida i en la bebida.

Ambos tienen, ademas, otras ventajas inapreciables.

El ejercicio, sobre todo, que no sólo quema el excedente de la máquina humana, sino que aumenta su combustible por la introduccion de mayor cantidad de oxíjeno en el organismo. despeja i vigoriza cada uno de los órganos i músculos que pone en saludable actividad.

No entendemos lo bastante que la lei del trabajo se refiere tambien a nuestro cuerpo.

Con razon decia Franklin, real i figuradamente, que llave que no se usa se enmohece.

Castigos de la pereza física, son muchas enfermedades, por ejemplo, la gota, la diabetes, la albuminuria, que no alcanzan casi nunca a los que trabajan con sus propias manos, pero que van a herir sijilosamente, por entre rejios tapices, el saciado corazon de la fortuna.

La vida social, que llamamos civilizada, ha aumentado sobre modo la tendencia funesta a la vida sedentaria.

Así como el mayor número de las ocupaciones de los ciudadanos se realizan a la sombra i en aire confinado, realízanse tambien en medio de una relativa inmovilidad física.

Aunque la vida social ha hecho progresar, sin duda, los hábitos de aseo, en muchas ciudades hispano-americanas una tina de baño es un objeto de lujo, i aun un objeto enteramente excepcional, i, en nuestra propia orgullosa capital, muchas residencias opulentas carecen todavía de este elemento esencial de comodidad, de aseo i de decoro.

He hablado sólo de las acciones u omisiones mas frecuentes, en que puede decirse incurrimos todos, sin referirme a los excesos que constituyen los vicios propiamente tales, no, por desgracia, raros, i mui especialmente entre nosotros, en el período de decadencia que por nuestro mal venimos alcanzando.

Esas acciones, omisiones o excesos afectan por modos distintos, pero siempre efectivos, al cumplimiento de la lei moral.

La lei moral en su verdadero concepto, es la lei que rije nuestros actos, i, por consiguiente, nuestras costumbres.

Inclúyense, pues, necesariamente en ella los preceptos hijiénicos que se retieren a los actos i costumbres concernientes a nuestra vida física, la primera de nuestras vidas, i, sin du da, el fundamento de las demas.

Importa no olvidarlo: la hijiene es parte de la moral.

Desestiman muchos la hijiene privada, alegando que sus preceptos son enojosos i difíciles de cumplir, que tienden a hacer de la vida una serie prolongada de sacrificios. mas o ménos pequeños, es cierto, pero al cabo intolerables e incompatibles con el goce amplio de la existencia.

Sin duda que la fuerza, aun aparente, de esta objecion, disminuirá cuando, por los progresos jenerales de la hijiene, se hayan modificado las costumbres públicas, i sea entónces ménos difícil armonizarlas con las buenas costumbres privadas.

Los principios de los estravíos, no sólo son fáciles, sino halagadores.

"Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta, i espacioso el camino que lleva a la perdicion, i muchos son los que entran por ella.

"Porque estrecha es la puerta, i angosto el camino que lleva a la vida, i pocos son los que la hallan." (San Mateo, capítulo 7, versículos 13 i 14).

Estas palabras inmortales pueden aplicarse, no sólo a la vida espiritual, sino a la temporal

La norma del placer, mal comprendida, es la que conduce a todos los estravíos, inclusive a las mas vergonzosas abdicaciones de nuestra personalidad moral.

La norma del placer, mal comprendida, fué la que perturbó el criterio de las sociedades antiguas.

La norma del placer, mal comprendida, fué la que depravó las costumbres de algunas altas clases de la sociedad francesa en los siglos XVII i XVIII, hasta constituir una de las causas primordiales de la gran revolucion.

Aproximándonos a nuestros tiempos, la norma del placer, mal comprendida, debilitó las enerjías i relajó la organizacion de la Francia, hasta inflijirla las humillaciones mas sangrientas que recuerda su historia.

En mas reducida escala, i en nuestro propio continente, la norma del placer, mal comprendida, llevó al Perú en medio de los halagos i satisfacciones de una vida social fácil i suntuaria, a los estragos de desmoralizacion que trajeron consigo la debilidad de su pueblo, la postracion de sus banderas, i el cercenamiento de su territorio.

No ha querido la naturaleza entregársenos fácilmente en ninguno de sus aspectos.

Algun esfuerzo nos cuesta llegar a conocer sus leyes; i felices somos, bajo de este aspecto, los que hemos alcanzado una época como la presente, en que la civilizacion jeneral obtiene resultados ya inestimables en el estudio i aplicacion de las ciencias verdaderamente tales.

Algun esfuerzo nos cuesta aun la asimilación de la parte

en realidad útil de esos conocimientos a nuestro bienestar i progreso; pero, ¿qué es este esfuerzo comparado con el de las jeneraciones que acumulan la ciencia?

Algun esfuerzo nos cuesta el trabajo en sí mismo, prescindiendo de la utilidad de sus frutos, para despertar la atencion, para poner en movimiento las facultades, i sostener la actividad durante el tiempo necesario a la realizacion de su objeto.

Algun esfuerzo nos cuesta el madrugar.

Algun esfuerzo nos cuesta el someter la cútis a la bienhechora accion del agua fria.

Algun esfuerzo nos cuesta el ejercicio corporal, aun el mas leve.

Algun esfuerzo nos cuesta evitar el exceso en la satisfacción de nuestras necesidades, absteniéndonos, por ejemplo, de comer i beber mas de lo preciso.

Algun esfuerzo nos cuesta tambien abstenernos del excitador influio de los estimulantes.

Estamos sometidos a la lei del trabajo: ésta es la voluntad de Dios.

Sin el trabajo, no hai mérito, satisfaccion ni honor.

El esfuerzo es la condicion del bien.

El esfuerzo es mas aun: es la condicion del placer bien entendido.

La cosecha de bienes que una discreta austeridad proporciona a la vida, no sólo la hace mas larga, sino que la hacer mejor i mas placentera.

I la hace mas larga, porque la hace mejor i mas placentera.

Estamos acostumbrados a vincular indisolublemente la idea de los achaques i sinsabores con la idea de la ancianidad.

Que la vejez tiene su carácter peculiar, distinto del de la juventud, i ménos fuerte, activo i alegre que ésta, no podria dudarse.

Que no todas las facultades se desarrollan i alcanzan sus plenitudes en una misma edad, tampoco podria dudarse.

Por una sabia disposicion natural, algunas de las facultades del espíritu, de las mas altas, por ejemplo, la razon pu-

ra i la noble elocuencia, no alcanzan a sus máximum de esplendor, sino cuando otras facultades, particularmente las físicas, empiezan a decaer.

Pero, la decadencia de algunas facultades con la edad no arguye precisamente decrepitud, ni la vejez desvalimiento i

amargura.

Dentro de las alternaciones de sus respectivas preponderancias, las facultades del organismo humano deben durar en satisfactoria plenitud hasta el término de una existencia naturalmente prolongada.

Si vive el hombre hasta los ochenta años, por ejemplo, ¿ no es una inconsecuencia que llegue a ellos ciego, sordo, pa-

ralítico, etc?

Lo que digo de las facultades orgánicas, dígolo de la be-

lleza o del simple buen parecer físico.

No es preciso de ordinario que los hombres, i, sobre todo, las mujeres, lleguen a la vejez, para que, desde este punto de vista, se desperfeccionen i arruinen.

Esa impresion de belleza o de buen parecer, tan grata a los ojos i a el alma, que es como una lumbre, un perfume, una armonía desprendidos de la obra maestra del Hacedor, ha llegado a considerarse como un privilejió de la juventud.

No negaré yo que esa impresion haya de ser mas fresca, mas intensa, mas seductora, cuando producida por la belle-

za juvenil.

Pero no se me negará que esa impresion puede i debe ser orijinada por todas las edades de la vida.

Como son bellas, aunque diversas. las varias estaciones, deben ser bellas, aunque diversas, las distintas edades.

Que la belleza de la juventud despierte la idea del amor: la de la virilidad, la de la fuerza; i la de la vejez, la del respeto

Por lo mismo que el mundo moral jira hácia el placer lejítimo, el cumplimiento de las leyes naturales relativas a nuestro cuerpo, jira hácia la belleza que lo produce.

I hé aquí como el arte que siente, estudia, comprende, i, por modos de imitacion espresiva i armónica, produce la belleza, viene así a encontrarse colocado en la alta esfera moral que, por su noble linaje le corresponde.

Basta que algunos seres humanos lleguen válidos, hermosos i alegres a remota ancianidad, para establecer que el

hombre normal puede llegar jeneralmente con esa validez, hermosura i alegría a esta ancianidad.

Los ejemplos de ancianos válidos, hermosos i alegres, son escasos en nuestros paises pero no son raros en paises mas cultos.

En épocas en que la jeneralidad de nuestros ancianos sólo viven para cuidarse i ser cuidados, suelen altos cerebros, magnánimos corazones i firmes pulsos, dirijir a la realizacion de sus destinos las mas grandes comunidades relijiosas i políticas de la humanidad.

I en aquellos para nosotros tan desconocidos paises del norte, ya cercanos a los polos, en las cultas Suecia i Noruega, que han hecho ya las grandes adquisiciones del aseo, del ejercicio i de la temperancia, el vigor relativo, la lozanía i el contento, son el patrimonio de innumerables viejos lozanos, ájiles i felices.

Los esfuerzos necesarios para acomodar nuestra vida a las leyes de la naturaleza, no son tan grandes como nos los imajinamos.

A menudo, la mayor dificultad que ellos presentan, es la dificultad de su iniciacion.

La repeticion de ese esfuerzo lo hace cada dia mas fácil, i cada dia mas fecundo.

La relajacion que conduce al estravío es cada dia mas amarga, i cada dia mas funesta.

De modo que, juzgando la cuestion con un criterio esclusívamente positivista i utilitario, o sea con el criterio del placer bien entendido, debiéramos someternos a esos esfuerzos, a trueque de obtener para una ulterioridad mas o ménos próxima, i casi siempre inmediata, las ventajas correlativas.

Empero, el fin de la vida no es el placer: es la vida misma.

Estamos aquí por la obra de una voluntad superior, i debemos llenar nuestro destino.

Para llenarlo, necesitamos cumplir nuestro deber, que es, en su sentido mas amplio, la necesidad moral que determina la sujecion de nuestros actos a las leyes de la naturaleza, en sus distintas líneas.

No hai divorcio, sino, en jeneral, el mas armonioso enlace, entre el deber i el placer lejítimo.

Ni se concebiria que, siendo ambas cosas tan principalmente constitutivas del órden moral, hubiese contradiccion entre ellas.

La naturaleza no se contradice.

El deber es como una divinidad severa, hermosa pero benévola.

La moral no puede encararse al placer, ni aun al placer bien entendido.

El criterio del placer es de segundo órden; es un criterio, por decirlo así, consecuencial: el criterio del primer órden, el criterio fundamental no es ése, sino el criterio de nuestra sujecion a las leyes naturales bien conocidas.

Atribuyo a este punto una sustancial importancia práctica, sobre todo, en cuanto se relaciona con la formacion del juicio, de los sentimientos, del carácter i de las costumbres, de la juventud, este florecimiento del árbol de la patria.

No ha de erijirse en sistema la aplicacion del criterio del placer, lo primero, porque, filosóficamente, ello suministraria una base secundaria, i ménos sólida a la educacion i a la vida; i lo segundo, porque, dada nuestra irremediable flaqueza, i dados los prestijios i las alucinaciones de los placeres, nada seria mas peligroso, especialmente en las primeras épocas del desarrollo humano.

El mismo criterio, verdadero, pero secundario del placer, es un criterio complejo, i se refiere, como bien lo entendieron Epicuro i sus verdaderos discípulos en la antigüedad, no sólo al placer físico, sino al intelectual i al moral.

Dotado el hombre de distintas facultades de varias especies, al funcionamiento natural de cada una de ellas corresponde una especie de placer, i miéntras mas alta i cultivada la facultad, mas puro e intenso el placer que acompaña a su funcionamiento.

La apreciacion de esta complejidad del verdadero criterio del placer, es tambien una apreciacion compleja que supone cierto grado no despreciable de elevacion i cultura del ánimo; i seria, por consiguiente, una temeridad confiarla al criterio inesperto de la juventud, o al criterio elemental de las muchedumbres.

Tanto mas cuanto lo que predomina en la infancia i en la juventud es la materia con sus necesidades absorbentes i sus apetitos voraces, i cuanto los desarrollos ulteriores de la intelijencia, del corazon i del carácter sólo pueden producir sus frutos, i ser apreciados en su justo valor en épocas mas avanzadas de la vida.

Lo que digo de cada individuo, dígolo, hasta cierto punto, de cada sociedad, porque cada sociedad sigue, en cuanto al desarrollo sucesivo de sus distintos progresos, una marcha semejante a la de cada individuo.

Yerran, pues, lastimosamente, en mi concepto, los seudoeducadores, moralistas o estadistas, que han preconizado la norma del placer como la norma suprema de la educación, de la moral o del gobierno.

Ensanchado el imperio de la moral, i reconocido su verdadero objeto, ella es inseparable de la ciencia.

Mas aun, la ciencia la conduce.

Moral sin ciencia es precisamente moral incompleta, diré mejor, es moral ciega.

La moral sin ciencia contraría la naturaleza desmedrando el cuerpo, oscureciendo el espíritu, i estraviando la voluntad.

No es cierto que el hombre sea, por instinto, inclinado al mal moral.

Conforta i consuela, por el contrario, observar que hai siempre en el corazon de la humanidad un enorme depósito de enerjías jenerosas listas a emplearse, i que muchas veces se emplean en el sentido del bien moral.

Si los males que nos aquejan, i que pueden remediarse, fuesen conocidos, no digo en toda su estension, porque esto seria difícil, sino en parte mas considerable, habria en la humanidad un inmenso despertar de nuevas enerjías morales tendentes a correjirlos.

Hacen, por consiguiente, buena obra los que desnudan i exhiben la verdad, sin encubrimientos cobardes ni contemplaciones miserables.

La virtud gazmoña que cubre la llaga i se santigua, no es virtud: es hipocresía.

I, si no sólo se conociese esa parte mas considerable de los males que nos aquejan, i que pueden remediarse, sino que tambien se conociesen los medios mas adecuados para prevenirlos, veríamos entónces dirijirse esas enerjías por rumbos científicos, i ejercitarse por medio de procedimientos eficaces, para hacer imposible una suma correlativamente enorme de males humanos.

Hacen, por consiguiente, obra orijinaria i eminentemente buena los que, sobre la base del conocimiento de los males, enseñan la ciencia que los previene.

Hé aquí cómo de la combinacion de estos dos grandes factores, *veracidad* i *ciencia*, está destinado a surjir radiante el progreso de la humanidad.

Ellos son los mas firmes apoyos i los mejores auxiliares de la moralidad verdadera

No somos ciegos, i vemos por dondequiera el estallido de los males i sus desastrosas consecuencias.

Vemos cómo perecen nuestros niños, florecillas rosadas que se llevan los primeros vientos primaverales.

Vemos cómo se agosta nuestra juventud, cómo decae en su entereza, i pierde la nocion del respeto i el amor a la verdad i a la justicia.

Vemos cómo los vicios, i particularmente la asoladora embriaguez, enferman, debilitan i corrompen a nuestros hombres i a nuestras mujeres, cómo desgastan los resortes de su actividad, comprometiendo así en sus fundamentos esenciales i permanentes, la riqueza pública.

Vemos cómo la muerte prematura, resultado i término de tantas otras miserias, hace sus estragos en nuestras jeneraciones, dándonos cifras de mortalidad tan elevadas que nuestras ciudades figuran entre las mas mortíferas de la tiera, i que, en nuestra sola capital fallecen al año como 5,000 personas mas de las que debieran fallecer.

Seria injusto decir que permanecemos indiferentes a todas estas plagas.

Ellas, aunque no bien conocidas todavía, despiertan en alguna parte, de las mas conscientes i acomodadas de nuestro pueblo, sentimientos compasivos, jérmenes de actos jenerosos.

De aquí, algunas casas de asilo i proteccion para la infancia desvalida; de aquí muchos hospitales, muchas cárceles, algunos manicomios, i mui bien organizados i mui vastos cementerios.

De aquí, que un buen número de nuestros mas respetables patricios, honra i prez de nuestra sociedad, dediquen sus vijilias i sus esfuerzos a la implantacion i administracion de esos establecimientos u otros análogos

De aquí, que públicos benefactores, excelsas damas, donen o leguen sumas cuantiosas con los mismos objetos.

De aquí, que el poder público, providencia, lo mas a menudo en nuestros paises, de válidos e inválidos, acuda con mano larga, con millones de su presupuesto, a satisfacer dichas necesidades.

Estas no admiten espera.

Allí están los niños abandonados; allí, los enfermos suplicantes; allí, los locos furiosos; allí, los criminales temibles, con frecuencia locos tambien, locos por el alcohol; allí están los cadáveres que aguardan sepultura, i que no la aguardan por largo tiempo....

I esas necesidades van, por lo jeneral, en aumento, no sólo proporcional a la poblacion, sino absoluto.

Los enfermos, los locos i los criminales, aumentan a ojos vistas.

Nuestros numerosos hospitales son ya insuficientes para nuestros enfermos.

Nuestros locos se han mas que duplicado en el espacio de siete años.

Nuestras penitenciarías rebosan.

Este aumento de necesidades dilata el corazon de nuestros filántropos, i despierta el celo de nuestros estadistas.

Proyectan crear nuevos hospitales.

Construyen una nueva fábrica inmensa, que cuesta millones, para la guarda de nuestros enajenados.

Meditan la indispensable construccion de una nueva i gran cárcel penitenciaría en Santiago.

Se ensanchan los renglones del presupuesto concernientes a la beneficencia pública.

Por modo semejante, se adquieren nuevos i considerables terrenos para ampliar el cementerio, de una sola de cuyas calles, de la calle de los Naranjos, se estraian hace poco 200,000 esqueletos para su cremacion; se levantan en él vastas construcciones que sirvan de tumbas colectivas a millares de nuevos muertos, i espléndidos mausoleos que acreditan a nuestra Necrópolis como la mejor de la América i una de las mejores del mundo.

¡Oh, jenerosa piedad con los vivos i con los muertos, bendita seas!

Pero, a pesar tuyo, de nuestros incomparables filántropos, de nuestras excelsas damas, i de nuestros distinguidos estadistas, no cesan, sino que aumentan, las miserias de nuestra vida, i las podredumbres de nuestra muerte, cubiertas. eso sí, de edificios soberbios i de tumbas ostentosas.

¡Cómo puede la jenerosa piedad convertirse de preferencia en enfermera, en guardadora de locos o delincuentes, en

sepulturera!

¡Cómo puede invertir tan grandes sumas en pretender correjir, sin conseguirlo, males que pudiera en gran parte evitar!

¡Cómo puede destinar mas de dos millones anuales del erario nacional a la beneficencia, por decirlo así, represiva, i apénas 50,000 pesos a la hijiene pública!

¡Cómo puede suprimir a menudo la modesta partida del agua potable en un presupuesto que pasa de 100.000,000 de

pesos!

¡Cómo no propende con eficacia, i suele oponerse, a la obra vital del alcantarillado de Santiago!

No es piedad, porque no seas piedad; no es corazon,

porque no seas corazon.

Es piedad, porque de ordinario sólo te pagas de las apaciencias, porque pocas veces asciendes a las causas, i porque lo mas a menudo te inspira la frívola i perturbadora vanidad humana, que no prevé ni juzga, ni se detiene ante el dolor ni ante la muerte.

Es corazon, porque te rodea la sombra, porque no te alumbra la cabeza.

Pero la irradiacion de la luz se acerca.

Los caminos de la verdad i del bien están abiertos, sobre todo merced al esfuerzo de los que en este siglo luminoso se han consagrado a aliviar i a prevenir los males de la humanidad.

La medicina i la hijiene se dan la mano.

Profundizando la primera con ojo avizor, al cabo de muchos siglos, penetrante, en la oscura e íntima esencia de las cosas, sorprende los secretos de la naturaleza, i va a beber los remedios en las fuentes mismas de la vida jenerosa. I esos remedios son, a menudo, cuando empleados ántes de las enfermedades, preventivos eficaces de las mismas.

Pero lo importante, sobre todo, i este servicio lo deberemos mas a la hijiene que a la medicina, es disminuir en lo posible las influencias morbíficas, i es normalizar i robustecer al hombre para hacer los remedios, aun los mas naturales, innecesarios o sea, para crear en él las fuerzas de reaccion de que há menester para luchar con éxito contra esas influencias.

Inspirada en la ciencia, que viene de la naturaleza, propenderá la hijiene a la naturaleza misma, determinando los procedimientos mas científicos, i, por eso mismo, los mas naturales, sencillos i conducentes para la educación i para la vida.

La observancia de esos procedimientos tenderá a volvernos al estado de la primitiva simplicidad de las costumbres, sin los inconvenientes del salvajismo, con las ventajas de la civilizacion.

De este modo, irá la civilizacion corrijiéndose a sí misma sus propios estravíos, por el hecho sólo de ir restituyéndose progresivamente al seno maternal de la naturaleza.

De este modo, irá siendo la ciencia lo que debe ser: el fanal de luz esplendente i clarísima que ilumine los rumbos, ántes inciertos de la humanidad.

La ciencia ya adquirida, por el sublime contajio de la verdad, por los encadenamientos del bien, irá despertando la ciencia por adquirirse, i, de este modo, los progresos científicos i el beneficio de sus aplicaciones prácticas, se irán ensanchando en jeométrica progresion.

Las comunicaciones ya íntimas, i casi jenerales i de todos los momentos, de la humanidad consigo misma, no permitirán cualesquiera que sean catástrofes del misterioso porvenir, la sepultacion de la ciencia i el advenimiento de nuevas noches seculares.

Disminuye cada dia la injente pesadumbre de dolores que arrastra el planeta en su marcha indefinida por el espacio.

Aumenta cada dia con la ciencia, que conduce al deber i a la virtud, la suma consoladora del placer humano.

El nuevo siglo es un siglo de inmensa esperanza, i será, yo lo espero, un siglo fecundo de inmensa gloria.

6 DES. HIS.

DISCURSO DE CLAUSURA DEL PRIMER CONGRESO CIENTÍFICO LATINO AMERICANO.

(Pronunciado en Buenos Aires el 21 de abril de 1898.)

SEÑORES:

A la época de su emancipacion, los pueblos hispano-americanos no estaban aún preparados al goce de la libertad.

Tras el secreto misterioso, por tantos siglos impenetrable, de la barbarie, habia la América española dormitado la pesadilla de su largo coloniaje, en la cárcel espléndida de sus llanos i montañas, privada casi en lo absoluto del movimiento de los espíritus i de la comunicacion con el mundo civilizado.

Nada en la naturaleza, tan sabia en sus intentos, como próvida e inexorable en el cumplimiento de sus leyes, se hace por saltos, i sin la eficiencia de causas adecuadas.

Mal podian, por tanto, las jóvenes nacionalidades de Hispano-América despertar de súbito a la vida juiciosa i tranquila de los pueblos ilustrados, conscientes de sus destinos, i resueltos a complirlos.

La emancipacion política no comportó de suyo la emancipacion intelectual, ni la emancipacion moral.

Ésta ha sido, señores, ésta es la labor principal de los estadistas i de los hombres de buena voluntad de la América latina, desde la independencia para adelante.

I, aun cuando esa labor suele ser lenta para nuestras impaciencias, i quede todavía inmenso camino por recorrer, si se hiciese el inventario somero de nuestras adquisiciones científicas i de sus trascendentales resultados, desde el año 1810 hasta la fecha, un sentimiento de lejítimo orgullo i un albor de gloriosa esperanza llenaria e iluminaria con justicia i con placer el alma americana.

La tarea de nuestro progreso científico ha debido i debe todavía principalmente ser una tarea de asimilacion, de incorporacion de la ciencia ajena al intelecto nuestro; tarea provechosa, pero relativamente fácil: somos los afortunados usufructuarios del acervo científico cuya adquisicion e incremento tantas vijilias, esfuerzos i sacrificios cuestan al jénero humano.

Pero, con esa principal tarea de asimilacion e incorporacion, ha coincidido, por la naturaleza de las cosas, i la virtud específica del entendimiento humano, siempre activo i fecundo cuando libre, una labor orijinal i propia de la intelijencia latino-americana.

Bajo todos los climas, por dondequiera alienta el vivaz espíritu de nuestra raza, hai miradas profundas que se levantan a la naturaleza, hai frentes elevadas que se inclinan a la meditacion.

Ya los ojos ven; ya los cerebros piensan; ya las plumas, formidables instrumentos de civilizacion, escriben.

Ya se hace la luz en nuestra América.

Numerosísimas corporaciones especiales de todo órden, propiamente científicas, literarias o artísticas, ya inspiradas i sostenidas sólo por la iniciativa particular, ya establecidas o auxiliadas por la accion de los gobiernos, han existido i existen en nuestros paises, i han prestado interesantes servicios a las causas de la ciencia, de la literatura i del arte.

Empero, la institucion de los congresos científicos jenerales tuvo su orijen americano (si mis informaciones no me engañan) en aquella zona territorial, tan particularmente grata para mí, que estrechan, pero avaloran, los Andes i el mar.

Chile ha celebrado hace poco su quinto congreso científico jeneral i nacional; i esta institucion parece ya definitivamente arraigada en sus hábitos tradicionales.

El progreso es una fuerza que, actuando en un medio pro pio no se detiene.

A esos congresos científicos nacionales, ha sucedido, en el órden lójico del desarrollo de las instituciones humanas, este congreso científico internacional.

Correspondia a Buenos Aires, la capital del Plata, que sintetiza, en su complejidad soberbia, los adelantos de la civilizacion en Hispano-América, esta jenerosa iniciativa. Tocaba a la Sociedad Científica Arjentina, que representa, dentro de Buenos Aires, el esfuerzo de sus hijos por la cultura i el saber, imprimir el movimiento jenerador de ese iniciativa.

I cumplia al ilustrado gobierno arjentino, depositario de egrejias tradiciones, coronarla con su alto patronato, i sostenerla con su eficaz auxilio.

Esta asamblea intelectualmente augusta, les debe i agradece su existencia.

Ellos comprendieron que tanto valen los hombres i los pueblos cuanto pueden, i que, en buena parte, tanto pueden cuanto saben.

El progreso tiene su camino, i necesita su esfuerzo.

Es menester que ese camino se vea, i que ese esfuerzo se haga.

Los injenios mejor dotados, sin la ciencia, son como lámparas que no iluminan, o iluminan débilmente, o iluminan sólo los rumbos de peligrosos estravíos.

Las voluntades mejor inspiradas, sin la ciencia, son como palancas que no se mueven, o se mueven caprichosamente: instrumentos inútiles, o instrumentos perturbadores.

Es lei ineludible que los organismos, sean individuales o sociales, no nazcan perfectos i en toda la plenitud de su desarrollo.

Es tambien lei ineludible que, miéntras mayores sean la perfeccion i desarrollo a que un sér, por su destino, parezca llamado, menores sean proporcionalmente las celeridades de su jestacion i crecimiento.

Da vida completa al hongo la humedad de un invierno; a la flexible espiga, la rotación de un año; i a la enhiesta palmera, el trascurso de un siglo.

Los congresos científicos continentales, que suponen vasta preparacion intelectual, i compleja labor colectiva, i que están llamados a ejercer trascendental influencia en los destinos del continente i del mundo, no pudieron ni debieron producirse en los primeros tiempos del desenvolvimiento his tórico, ni aun de la vida independiente de estos paises; ni, producidos, podrá vérseles crecer i desarrollarse con los ojos de la carne.

Hemos tenido la fortuna de presenciar su ingreso al nú-

mero de las instituciones mas adelantadas de los modernos tiempos.

Si esta institucion arraiga i medra en el suelo americano, el presente será un año memorable en los fastos científicos de la humanidad.

Pero, sin anticiparme a los sucesos que, empujados por los vientos del siglo i la prosperidad de la América, pueden exceder a nuestras previsiones, la feliz idea de la convocación de este Congreso ha producido ya resultados inestimables.

Habeis oido de los labios del señor secretario la enumeración de los trabajos presentados i de las resoluciones acordadas en las distintas secciones.

Sin exajerar la importancia de los resultados obtenidos, cábeme la honra de declararlos superiores a las espectativas, i lisonjeros para la ciencia americana.

Esto, con ser tanto, es poco todavía.

El Congreso Científico Latino-americano no ha producido sólo una aproximacion de los entendimientos: ha producido tambien una aproximacion de los corazones i de las voluntades.

En las distintas zonas, bajo el ardor de los trópicos, al pié de las cordilleras, o sobre los inmensos llanos, hai conceptos de justicia, hai sentimientos de equidad, hai enerjías de virtud.

Es necesario juntar, i este Congreso en parte ha juntado, esos conceptos, esos sentimientos i esas enerjías, para el prestijio de nuestras nacientes instituciones, para el bien de la América, para el porvenir del mundo.

Señores:

Hai una idea de la ciencia, superior a las concepciones vulgares de finalidad práctica i positiva: es la idea de la ciencia, por la ciencia, i para la ciencia misma, que investiga por conocer, i que se satisface con saber.

Esta idea ha informado el espíritu de los sacerdotes de la ciencia en el estudio de los dogmas de la naturaleza.

I esa idea científica, bajo cuya suprema inspiracion los sabios no prescinden de ningun fenómeno, por pequeño e insignificante que parezca, les ha conducido al descubrimiento de leyes cuya importancia pasma i cuyos resultados trasforman la faz del mundo.

Las fuerzas vitales mas enérjicas suelen ser las mas recónditas i misteriosas.

Suelen ser tambien cuando conocidas, las mas fáciles de dominar.

Son al organismo del mundo como el activo espíritu al organismo del hombre.

Parece que la naturaleza las escondiera como su tesoro, i que no quisiera entregarlas reunidas, sino al heróico esfuerzo humano.

I el hombre investiga i trabaja, lucha i muere por conocerlas i dominarlas.

Ésta es la competencia sublime de la naturaleza i del hombre; éste es el combate eterno, en que el hombre siempre conquista, i la naturaleza no es nunca totalmente conquistada.

Los laureles que se obtienen en esa lucha son los blasones del espíritu humano.

Las lágrimas que en ellas se derraman merecerian cristalizarse en purísimos diamantes.

I la sangre que en ella se vierte cae al ara santa de la naturaleza como sangre de martirio i de redencion.

Entre los variados órdenes de los fenómenos naturales, existen vínculos i relaciones que los armonizan i unifican dentro del plan jeneral de la naturaleza.

Miéntras mas se conozcan los fenómenos, mas sintética será nuestra concepcion, i mas sencilla nuestra esposicion de sus leyes.

De aquí, que todos los rumbos de la observacion i de la esperimentacion sean buenos; i todos los jérmenes positivos de la idea, fecundos.

Por eso, la caida de una manzana llevó al descubrimiento de la gravitacion universal; i por eso, la observacion de los mínimos seres microscópicos se ha convertido en la fuente mas copiosa de los estudios destinados a salvar a la humanidad de sus plagas asoladoras.

Todas las ciencias, todas las esferas del admirable mundo, merecen en principio, i por igual, nuestra atencion.

No olvidemos, sin embargo, que quien atiende, i para quien se atiende, es el hombre.

Es el hombre el medio que conoce i el fin del conocimiento. Hai que estudiar de preferencia al hombre; hai que fortalecer, que ilustrar i que moralizar al campeon de la ciencia. Sin un físico vigoroso, será incapaz i será infeliz.

Hai que abrir, mediante la educacion intelectual, los surcos del entendimiento.

El cerebro humano es la obra mas estupenda de la creacion: en su ámbito reducido caben las ideas mas profundas, la concepcion del anchuroso espacio, i las auroras espléndidas del saber.

Conviene evitar, respecto de la educacion intelectual, la precipitacion i el exceso: busquemos el equilibrio, que consulta la eficacia del esfuerzo.

Hai que atender, sobre todo, a la educación moral, que forma los sentimientos nobles i los caractéres viriles, base mui primordial de la felicidad privada i de la pública.

De ordinario con los progresos de la civilizacion coinciden, o de los progresos de la civilizacion se aprovechan, los refinamientos i flaquezas que relajan, perturban i debilitan a los hombres i a los pueblos.

La verdadera civilizacion debe acercar a la simplicidad i a la austeridad de la naturaleza.

A esto debe contribuir, en primer término, la ya dicha educacion física: a la manera que en terreno cultivado no crecen los zarzales, en una organizacion laboriosa i sana no cunden las malas pasiones

A ello debe contribuir, en segundo lugar, la ya dicha educacion intelectual; no porque yo crea, con el aforismo antiguo, que la ciencia es la virtud, sino porque creo que la ciencia conduce a la virtud.

Hé aquí como, en jeneral, las nociones que ayudan al perfeccionamiento físico e intelectual del hombre, ayudan tambien indirecta, pero eficazmente, a su perfeccionamiento moral

I hé aquí como el perfeccionamiento moral viene a ser el corolario de los perfeccionamientos físico e intelectual.

Eduquemos, señores, eduquemos, en el mas amplio sentido de la palabra, al hombre americano.

Con la educación, crecerá el trabajo, cumplimiento de una lei de vida, bendición de nuestra especie, que fructifica fortaleciendo i consolando.

La grande i hermosa naturaleza americana, apénas esplotada, ¿qué digo? en gran parte, apénas esplorada toda-

vía, aguarda la labor fecundante de sus hijos para desenvolverse i producir.

Dominando esa labor las inclemencias del tiempo i de los hombres, apartará los abrojos del camino, penetrará en los bosques mas espesos, atravesará los rios mas caudalosos, culminará las montañas mas elevadas; i tendiendo rieles. sembrando, enseñando, comunicará los pueblos, fertilizará los campos i abrirá las conciencias, con un un soplo pujante de civilizacion i de vida

El escenario es vasto; los horizontes son luminosos; la esperanza es inmortal.



ÍNDICE.

	Pàjs.
ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA RAZA LATINA	3
CONFERENCIA SOBRE UN VIAJE A LA REPÚBLICA ARJEN-	
TINA	23
ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA SITUACION I FUTURO	
DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA	35
ALGUNOS ANTECEDENTES SOBRE EL DESARROLLO INTE-	
LECTUAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE-AMÉ-	
RICA, COMPARADO CON EL DE LOS PAISES HISPANO-	
AMERICANOS	45
DISCURSO MORAL	56
DISCURSO DE CLAUSURA DEL PRIMER CONGRESO CIENTÍFICO	
LATINO-AMERICANO	82

